

LAS MISIONES CATÓLICAS



Precios de suscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

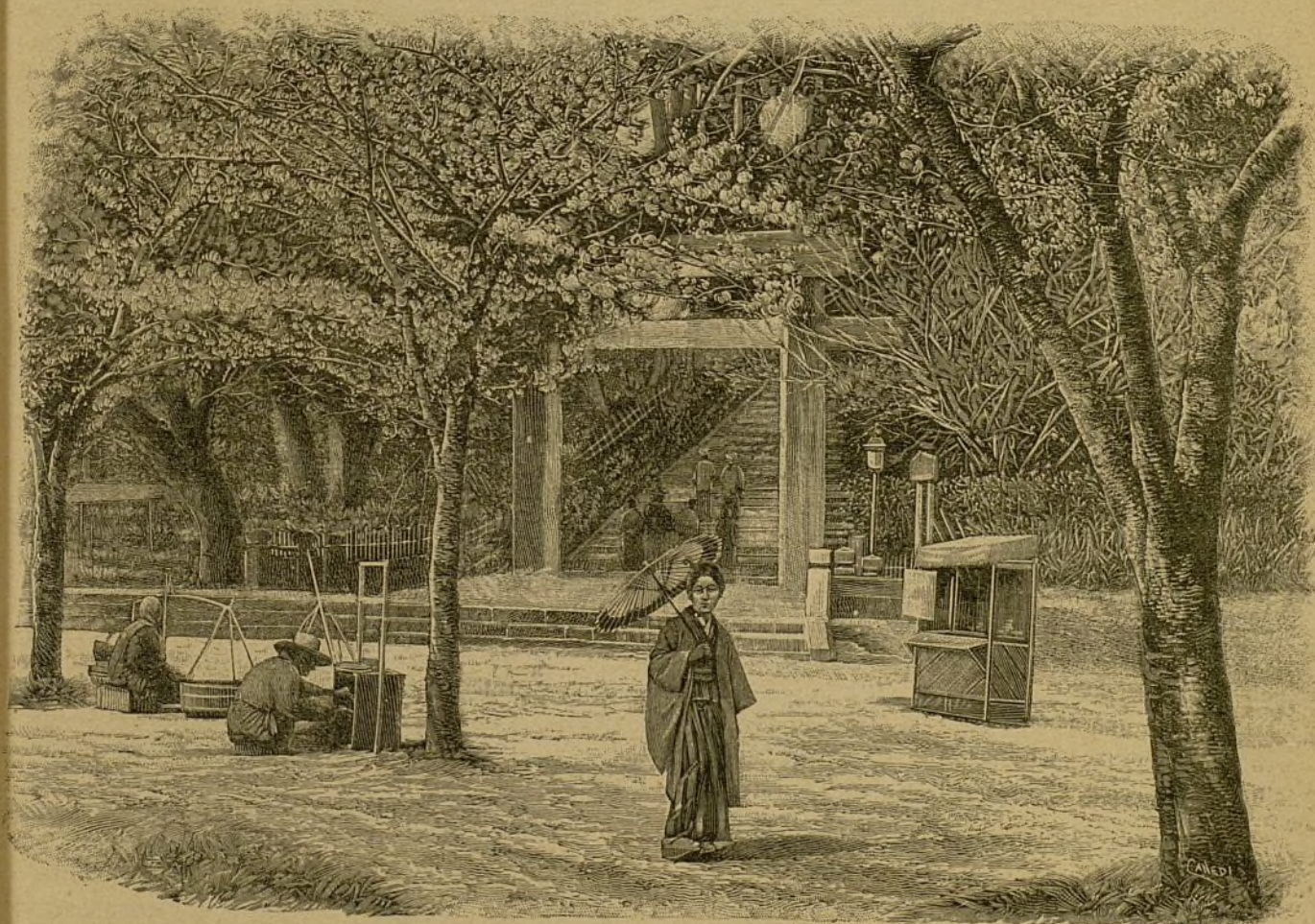
Se publica el 15 de cada mes

Año IX. - Viernes, 15 Febrero 1901. - N.º 170

Advertencias

No se admite suscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



JAPÓN.—EL PARQUE DE UENO EN TOKIO

Reproducción de fotografía del P. Ribaud, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 42)

SUMARIO

Texto.—RESUMEN DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS REALIZADOS DURANTE EL AÑO 1900.—*China:* DOS MESES DE SITIO; Diario del ilustrísimo Favier (conclusión).—*Sanghai.* Reflexiones acerca la cuestión de China: Causas que le han motivado: Las Misiones agustinianas en China (continuación).—Los Pigmeos: VIII, Caracteres sociales de los negrillos. IX, División étnica de los negrillos.—*JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO:* Tokio. De Yeddo á Nikko.—ILMO. Y RDO. SR. D. F. LUIS PÉREZ Y PÉREZ.—BARTEK EL VICTORIOSO, cap. I.

Grabados.—*JAPÓN:* El parque de Ueno en Tokio; Vista parcial del Parque de Ueno, en Tokio; Calle de Tokio y torre de los diez pisos; Entrada en uno de los panteones de Taicorin en China; Puente, subiendo el cual puede lograr el perdón de sus culpas.—*ÁFRICA:* Cazador boni; Mujer Ndorobo, vestida de pieles de buey.—ILMO. Y RMO. SR. D. FR. LUIS PÉREZ Y PÉREZ, obispo titular de Corico.—*GABÓN:* Pueblo de negrillos á orillas de Walle; El niño Martín de la tribu Sheke; Répéro, tipo o-jongo del Fernán-Vaz.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

RESUMEN

DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS REALIZADOS DURANTE EL AÑO 1900

Muere el siglo diecinueve y deja sumido en luto profundo al apostolado católico: y entre raras alegrías y esperanzas, que son y serán siempre inmortales, debemos limitarnos á referir desconsoladoras escenas de muerte, ruinas poco menos que irreparables, tristes legados del año que muere, y augurios los más tristes para el que empieza á vivir.

I

¿Qué decir de Europa?... Es innegable que hoy más que nunca la grandiosa figura de León XIII se impone á la veneración de los fieles y al respeto de los hombres de buena voluntad: numerosas muchedumbres, venidas de los continentes todos, han aclamado al augusto é infatigable Anciano durante el Año Santo: cierto es también que henchida el alma de indecible gozo hemos visto, entre el indescriptible entusiasmo de los fieles, elevados á los altares nuestros Mártires gloriosos; y que en París la Exposición Universal ha evidenciado, á católicos y no católicos, la utilidad y la excelencia de las Misiones y en general de las obras de la Iglesia: el Ilmo. Fallize ha visto aparecer en el hasta hace breve tiempo obscuro cielo de Noruega la resplandeciente aurora de resurrección católica, y esta antes inhospitalaria tierra hoy otorga á la Iglesia las dos cosas que de los soberanos reclama: justicia y libertad. Pero en cambio los pueblos que fueron porción privilegiada, hijos primogénitos de Nuestro Señor Jesucristo. ¡cuánto la odian, qué explosión de inexplicable saña, imposible de ser justificada por nada ni nadie! ¡siembran y conservan la desconfianza contra el Divino Fundador de la Iglesia, que pasó por la tierra haciendo bien! Lacordaire, con frase que evidencia el genio, describió los actuales tiempos de turbación: «Pues sólo aprisionan á los que mucho temen y dejan en paz á los muertos; ¡luego el perseguirnos prueba que vivimos, que gozamos de fecunda existencia!»

II

En Europa lamentamos indicios y chispazos que parecen augurios de próxima tempestad; en Asia gritos de horrible dolor y de muerte resuenan por los ámbitos todos del continente inmenso.

Armenia que, después de tanto sufrir, alentaba la esperanza de duradera paz, ha visto otra vez sus hijos asesinados: horribles matanzas con frecuencia preparadas y ejecutadas con la complicidad ó la indiferencia de altos funcionarios. En las Indias, el hambre más cruel de cuantas hasta hoy azotaran el desgraciado país, ha causado millones de víctimas. Los misioneros han logrado el agradecimiento y el amor de estos pueblos sin ventura: gracias á la inagotable caridad de los protectores de la *Obra de la Propagación de la Fe*, les ha sido posible aliviar dolores sin cuento, y abrir las puertas del cielo á numerosas almas que Dios sirviéndose del azote ha querido hacer suyas.

Los sucesos de China son los que durante el pasado año predominan en la historia de la Iglesia en Asia. ¿Quién no conoce las múltiples escenas del drama sangriento que dura hace nueve meses, y cuyo fin es imposible prever? Prelados católicos; misioneros europeos de toda nación y Congregación; sacerdotes indígenas; Hermanas de la Caridad; catequistas y virgenes cristianas; cincuenta mil neófitos todos asesinados en odio á la fe; cristianos sin ventura que vagan errantes lejos de sus hogares, hoy reducidos á informe montón de cenizas, escondidos en lo más secreto del monte llorando los bienes perdidos, los seres á quienes amaban, y miran muertos por infames pandillas de asesinos: este es el cuadro cuya descripción transmite cada correo. La persecución fué preparada en la sombra, cuando edictos solemnes aseguraban á Europa el próximo goce definitivo de paz en el Celeste Imperio; cuando con refinada hipocresía aumentaban los privilegios á Obispos y misioneros, concediéndoles dignidad igual á la de los más elevados mandarines, y cuando la Emperatriz regente recibía con magnífica pompa los presentes de Su Santidad el Papa entregados por su portador el obispo de Pekin Ilmo. Favier, amigo fiel y entusiasta de la China.

No es posible incluir en el presente *Resumen* relación detallada de las escenas de sangre. Las *Misiones Católicas* publican los conmovedores sucesos que van desarrollándose.

Nos limitaremos á decir que el heroísmo de los neófitos ha sumado gloriosas páginas á las Actas de los Mártires. Debiendo elegir entre la muerte ó la apostasía, casi todos con valor admirable han muerto confesando la fe católica. Por esto el venerable superior de un Seminario de las Misiones no duda en afirmar que: «Dios prepara para la China un porvenir de misericordia, pues tanta sangre y oraciones tantas han de ser fructíferas para el próximo triunfo de la verdad en este inmenso imperio.»

Gustosos hacemos constar que durante los terribles acontecimientos que se suceden, los periódicos todos,

exceptuando los guiados por odio sectario, han guardado respetuosa actitud. Amigos ó adversarios de buena fe al indicar las causas del levantamiento boxer han afirmado no ser efecto de las predicaciones del misionero que, á un pueblo indiferente á todo dogma, anuncia una moral que en nada se opone á la de Confucio. La verdadera causa debe pedirse á la implantación, quizás prematura, de las costumbres de la moderna industria, contrarias en absoluto á las seculares condiciones del trabajo; á la multiplicación de los ferrocarriles, abriendo un país que anhela permanecer cerrado, y particularmente á la ocupación por las naciones europeas de determinados territorios, cosas todas que hicieron temer á los chinos la invasión de su patria y la pérdida de su personalidad nacional. Si los misioneros han sido las primeras víctimas se debe á que fueron los primeros europeos que entraron en China, debiendo á ello el que el pueblo enfurecido los considere como la vanguardia de la odiada Europa.

Queremos también rendir público homenaje de gratitud á los ejércitos aliados de Francia, Alemania, Italia, Inglaterra, Norte América y particularmente á los soldados japoneses, que con tanto heroísmo han luchado por la causa de la civilización, y á los soldados rusos que, en la Mandchuria, han logrado con su valor salvar los restos de las cristiandades, y con la más cortés benevolencia han sido cual guardia de honor que de Mukden á Nagasaki ha acompañado y salvado á las Religiosas y á sus huérfanos.

No olvidaremos al embajador y á los cónsules franceses, cuyo amor y celo por los misioneros es superior á todo encomio. El Ilmo. Favier termina el relato de la terrible agonía de dos meses con la siguientes líneas que revelan sus impresiones y su gratitud: «16 de Agosto.—Día de la libertad: diez de la mañana. El embajador de Francia y el general Frey se encuentran en Petang. Inútil es decir que los he estrechado entre mis brazos con todo el afecto del corazón. ¡Hemos sido salvados y salvados por soldados franceses!»

¿Qué reserva el porvenir á la infortunada Iglesia de China? Secreto es de solo Dios sabido. Pero resumiremos nuestras esperanzas, casi íbamos á decir nuestra certeza, con las siguientes palabras del Obispo de Pekín, recién llegado á Europa para defender personalmente la causa de los católicos y de las Misiones de China:

«La ruina es casi total; el trabajo de cuarenta años se ha perdido; pero el valor de los misioneros no decae, y vamos á reanudarlos seguros de que «la sangre de los «Mártires es semilla de cristianos,» si Dios no ha resuelto castigar á la China que hace tan largos siglos abusa de sus gracias. Alentamos la esperanza de que se dignará perdonarla, pues ¡son tantos, aun entre los mandarines, los inocentes de las crueldades cometidas! ¡Amamos y amaremos siempre á los desventurados chinos! Rogad por ellos y rogad por nosotros. *Gratias agamus Domino Deo nostro!*»

No olvidemos, antes de salir del Asia, enviar un recuerdo de admiración á Mr. Louvet, eminente autor de la *Histoire des Missions au XIX siècle*, muerto en Saïgon cuando con infatigable empeño trabajaba en

nueva obra apologética de la Iglesia católica y del apostolado; y para terminar con más consolador pensamiento recordemos que el Thibet, cerrado hace tantos años á los misioneros ha abierto sus puertas á la palabra evangélica, y los lamas han llamado á los ministros del Señor.

III

Un fausto suceso señaló en Africa el nacimiento del año 1900, que para este continente ha sido menos cruel. El día en que la Iglesia celebra la fiesta de la Epifanía, los Padres de Verona volvieron á posesionarse de la Misión del Sudán egipto, que la insurrección mahdista los obligó á abandonar. El Ilmo. Roveggio acompañó á los misioneros y dejóles establecidos en Ondurman.

Breve tiempo había transcurrido cuando en Biskra se inauguró una monumental estatua del cardenal Lavignerie, levantada por Argelia y Francia al inmortal Obispo africano.

Casi al mismo día falleció el antiguo misionero del Dahomey, P. Dorgère, célebre por la conducta heroica que observó en las negociaciones entre Francia y Benhanzin.

El 15 de Marzo un misionero, celoso y sabio, cuyas excepcionales aptitudes fueron causa de que, á la edad de 33 años, se le colocase al frente de una Misión difícil, el R. P. Pawias, prefecto apostólico del Bajo Niger, fué sacado de este mundo por terrible ataque de fiebre africana. Pertenecía á la Congregación del Espíritu Santo.

Durante el mes de Junio un joven y valeroso Obispo, hijo de la misma religiosa familia, muere el día siguiente al de su consagración. El Ilmo. Buleon se había posesionado del gobierno de la Misión de Senagambia cuando la fiebre amarilla acaba con él y con siete misioneros y siete Religiosas, casi todo el personal del vicariato.

Tan dolorosas pérdidas han sido, en parte, reparadas: al R. P. Pawias le ha sucedido un misionero eminente, el R. P. Lejeune, cuyos importantes trabajos llamaron la atención de sus superiores; y el báculo caído de manos del Ilmo. Buleon será en breve fecha confiado á otras dignas de recibirlo.

En Abisinia pasajeras dificultades han motivado el viaje á Francia del anciano superior de los Lazaristas, P. Coulbeaux. Confiamos, fundados en las reiteradas muestras de singular afecto que á los misioneros tiene dadas S. M. el negus Menelik, que próxima y duradera paz favorecerá el desarrollo de la probada Misión.

En Madagascar, las tres grandes Ordenes religiosas encargadas de la evangelización de la floreciente colonia, rivalizan en santo celo cada cual en los distritos que le fueron confiados. Pronto en dos localidades de esta joven Iglesia, se levantará un templo bajo la advocación de San Vicente de Paúl, que envió á Fort-Dauphin los primeros de sus hijos.

IV

Los misioneros del Canadá han celebrado las bodas de oro de la ordenación sacerdotal de uno de sus deca-

nos, el R. P. Lacombe, oblato de María Inmaculada; y los discursos pronunciados por tan fausto motivo han recordado el origen y providencial crecimiento de las en la actualidad tan florecientes Misiones del Dominion.

En los Estados Unidos saludamos con singular alegría el nombramiento, para la sede de Tucson, de un distinguido misionero que durante largos años ha sido el delegado de nuestra Obra.

En la América Meridional, en la región del Perú habitada por los indios salvajes, se han erigido las nuevas prefecturas apostólicas de Ucayali, Uzabamba y San León de las Amazonas. Debido á las nuevas fundaciones la fe entra y crece en el corazón del inmenso continente sudamericano.

V

En Oceanía las islas septentrionales del archipiélago de Salomón, han visto los primeros misioneros enviados por el Ilmo. Broyer, vicario apostólico de Samoa. Recordarán nuestros lectores que las islas meridionales fueron hace algunos años confiadas á los espirituales cuidados del Ilmo. Vidal, vicario apostólico de las Fidji. Una nueva era, debido á los valerosos apóstoles de la Sociedad de María, nace para el lejano y salvaje archipiélago regado con la sangre del Ilmo. Epalle.

En Nueva Caledonia y Nuevas Hébridas los Padres Maristas continúan, á pesar de las múltiples dificultades, su civilizadora empresa.

En Nueva Guinea y en los islotes del Pacífico central los Padres de los Sagrados Corazones (Issoudun y Picpus) extienden el reinado de Jesucristo en aquellas las más extremas regiones del globo.

Añadiremos breves palabras para terminar, y evidenciar que la *Obra de la Propagación de la fe* no permanece inactiva.

Al ver las crecientes necesidades de las Misiones y la insuficiencia de los recursos, tan largo tiempo estacionados, los Consejos centrales resolvieron hace diez años buscarlos en América. Para lograr el propuesto fin pidieron y obtuvieron el apoyo de las Congregaciones religiosas.

Antes que la Sociedad de San Sulpicio, representada por los PP. Magnen y Granjon, éste obispo actualmente de Tucson, dirigiera su llamamiento á la caridad de los Estados Unidos, el Ilmo. Terrien, de la Sociedad de las Misiones Africanas de Lyon, dió principio á su gloriosa *odisea*.

Mientras escribimos estas líneas el incansable Prelado marcha por tercera vez, después de algunas semanas de merecido descanso.

Los cinco primeros años de esta cruzada de caridad fueron dedicados á Méjico, donde con constancia y ayudado de los PP. Boutry, Gallen y Devoucoux, tuvo la satisfacción de remitir á la Obra considerables socorros.

Llamado á Europa por circunstancias especiales, sin tiempo para ultimar la organización de los delegados permanentes, embarcó de nuevo para América el 1896, visitando Uruguay y la República Argentina, y dejando por continuadores de su trabajo á los Padres Blancos;

cruza la Cordillera, y recorre las costas del Pacífico, Chile, Bolivia y el Perú. En estas repúblicas los delegados permanentes, al bienhechor influjo del obispado y clero, fecundaron el surco que abriera el Ilmo. Terrien. Finalmente, en la actual tercera etapa se ha propuesto recorrer Venezuela, Colombia y la América Central. Su Santidad el Papa León XIII, al recomendarlo á los Obispos de América, afirma que el delegado de la *Obra de la Propagación de la fe* «ha merecido por su trabajo el amor de la Iglesia, del apostolado y de la Santa Sede.»

Nosotros nos complacemos enviando á través de los mares á todos los delegados de la Obra nuestra sincera expresión de gratitud inmensa. Si en su vida de abnegación y amor en pro de los misioneros no gozan las luchas ni las consolaciones del apostolado propiamente dicho, tienen en cambio la absoluta seguridad de que en su heroica empresa les acompañan las oraciones de los misioneros y las simpatías de todos nuestros asociados.

CHINA

DOS MESES DE SITIO

DIARIO DEL ILMO. FAVIER

(Conclusión)

Jueves, 12 de Julio.—Era tanta la calma disfrutada esta mañana, que llegamos á sospechar si los sitiadores se habían retirado, cuando á las diez y media comienzan á llover proyectiles enormes que no cesan hasta la seis de la tarde. Disparados á intervalos, sólo cincuenta cumplieron su objeto, que era destrozarse la gran puerta, cuyo estado actual es el más lamentable.

Viernes, 13 de Julio.—El temor á las minas nos induce á practicar una exploración á las dos de la madrugada. Descubrimos y llenamos de tierra varias minas principiadas, y nos apoderamos de rollos de alambre cubierto de gutapercha, cuyo destino no era otro que hacer estallar la pólvora. Al mediodía reanudan el cañoneo: trozos de ladrillos hieren gravemente á un marinero, otro sufre una fuerte contusión. De siete á nueve de la noche furioso bombardeo en las legaciones.

Sábado, 14 de Julio.—Algunos cristianos intentan incendiar las casas más cercanas á la puerta principal. En Jen-t'se-t'ang un marinero italiano recibe un balazo en la cabeza y muere. Un cristiano pretende saber de donde partió el certero disparo, y es á su vez víctima de otro igual. Haciendo caso omiso de algunos centenares de disparos de fusil, el día ha sido lo más calmado que desear pudiéramos.

Domingo, 15 de Julio.—Parece que los cañones chinos se arrepienten de su inactividad de ayer: á las nueve de la mañana inician su obra destructora: las piezas del Sud y del Sudoeste causan destrozos inmensos en la puerta principal é iglesia: durante el día 140 cañonazos: durante la noche se suceden casi sin interrupción. Nueva exploración nocturna: descubrimos y destruimos dos minas no terminadas.

Lunes, 16 de Julio.—Los boxers prosiguen lanzando bombas incendiarias sin resultado. De nueve de la mañana á diez de la noche nos regalan cañonazos á centenares: matan un cristiano: trozos de ladrillos hieren los ojos de un marinero, uno de los cuales queda para siempre perdido.

Martes, 17 de Julio.—Hoy ha sido el día más tranquilo de los del asedio: ningún cañonazo, y apenas ni un disparo de fusil. Diríase que los boxers preparan algo que no es posible adivinar. Comenzamos una no-

director de los trabajos de la contra mina, jóven de 25 años, tan bueno como valiente, querido y hoy llorado de todos. La explosión ha sembrado el pánico, y por todas partes creen oír ruidos subterráneos: mujeres y niños, locos de terror, despreciando el peligro corren sin dirección, acabando la mayor parte por refugiarse en la catedral, que se levanta al centro de nuestros edificios.

Jueves, 19 de Julio.—*Fiesta de San Vicente.*—Entierro del Hermano José; cambio de algunos dispa-



AFRICA.—CAZADOR BONI (habitante entre los Galles)
(Pág. 35)



AFRICA.—MUJER NDOROBÓ, VESTIDA DE PIELES DE BUEY
(país massai). (Pág. 35).

vena á Santa Ana, patrona de los valientes bretones: nuestro jefe Henry depositará á los piés de la Santa el *ex voto* que le prometemos si nos salvamos...

Miércoles, 18 de Julio.—Con actividad febril proseguimos los ya suspendidos trabajos de una contramina, pues hace varios días que al Oeste del Jen-t'se-t'ang, debajo del Muro amarillo, óyese constante ruido semejante á lejano golpear. A las once vemos que los lamas, nuestros vecinos del Este, desalojan la pagoda acompañados de cuantos alrededor acampaban. Cincuenta carros llenos de cajas, paquetes, boxers y soldados. ¿Llegará el tan deseado ejército europeo, ó será que los lamas temen la destrucción de su edificio? ¡Misterio!

¡Ah! La segunda hipótesis resulta la verdadera. ¡A las cinco estalla la mina: veinticinco muertos, veintiocho heridos; la parte Oeste del Jen-t'se-t'ang totalmente destruida! Cuantos empuñan arma corren temiendo el ataque de los boxers, pero éstos no aparecen. Entre los muertos figura el Hermano José, marista,

ros con los boxers: el marino Franc recibe un balazo en la cabeza y muere casi inmediatamente: ha vivido el tiempo indispensable para recibir la postrera absolución.

Viernes, 20 de Julio.—Los cristianos salen á incendiar las casas más cercanas de cuantas ocupan los boxers: éstos en cambio del daño sufrido, incendian una casa al Sud de la tan castigada puerta principal. Sospechamos que debajo del convento de las Hermañas cavaban una mina: á duras penas logramos que los cristianos trabajen en una contramina, pues todos recuerdan con horror la catástrofe del 18.

Sábado, 21 de Julio.—Los víveres escasean: economizando mucho tenemos para quince días. Se ha intentado llegar hasta una tienda distante apenas doscientos metros, pero descubiertos por soldados y boxers, los cristianos regresan con las manos vacías.

Domingo, 22 de Julio.—El fuego de fusil dura toda la noche: el enemigo teme que logremos aprovisionarnos; dos cristianos han sido heridos, y un mariner

pierde el ojo derecho por una bala que queda alojada detrás de la oreja. Un chino nos avisa que los boxers cavan una gran fosa detrás del Muro amarillo. Cuatro hombres, sirviéndose de escaleras suben sobre el muro bien provisto el almacén de cada fusil, y matan veinte boxers y dos mandarines. Esta tarde llueve á cántaros: es imposible permanecer en las casamatas.

Lunes, 23 de Julio.—Después de medio día de calma, á las cuatro de la tarde millares y millares de boxers y soldados regulares, llamados por cuernos y cornetas que no cesan de tocar, inician violento ataque.

Atacan por Norte, Este y Sud. La muerte de algunos marinos y las graves heridas de otros nos privan de cinco fusiles. En previsión habíamos ejercitado varios Hermanos Maristas y seminaristas chinos aun no ordenados, de manera que los treinta Lebls que poseemos no holgaran jamás, lo propio que los diez de los italianos del convento de las Hermanas. El ataque ha sido de los más violentos. Boxers, lamas, soldados regulares, todos intentaron el asalto en número de más de mil: ciento cincuenta muertos cubren el suelo, y los demás han emprendido precipitada fuga. Locos de rabia, los soldados del príncipe Tuan descargan cuantas municiones tienen contra la puerta principal, y en una hora nos envían sin exagerar más de cinco mil balas Mauser que á nadie hieren. Las cornetas tocan retirada y nos dejan en paz. Son las nueve de la noche.

Martes, 24 de Julio.—A Noroeste cerca la Pagoda vemos numerosos boxers rodeada la cabeza de amarillo turbante, y la cintura de faja amarilla también: son lamas vestidos de fiesta: llevan una bandera francesa: tan pueril diversión nos hace reír á pesar de las tristezas y penalidades que nos agobian. A las cuatro y media suenan los cuernos y reúnen los boxers: tememos un ataque que no llega á efectuarse. La lección de la víspera fué provechosa. Durante el día han sido heridos tres cristianos: al Sud se ha descubierto y destruido una mina. Desde lo alto de la iglesia hemos visto innumerables banderas, y al anochecer numerosas linternas coronando las murallas de la ciudad.

Miércoles, 25 de Julio.—Día tranquilo. Los cristianos salen y queman algunas casas sin ser molestados. Los boxers cavan profundas zanjás delante del Muro amarillo: no comprendemos el por qué: los marineros matan una docena.

Jueves, 26 de Julio.—A la una fuerte detonación: creyendo que estalló una mina, todos corren al puesto designado: falsa alarma. Un boxer audaz colocó una bomba que debía ser de grandes dimensiones, cabe el lienzo de muralla que mira al Este, y la bomba ha hecho explosión sin causar daño alguno. A las tres muere poco menos que repentinamente el P. Chavanne, sacerdote de nuestra Congregación, herido algunos días antes en el lugar donde hacía guardia, por una bala probablemente envenenada, que debió causarle la viruela negra que nos lo ha arrebatado.

Viernes, 27 de Julio.—Oímos fuerte cañoneo al Este y al Sud: siempre esperando ver llegar el ejército que no aparece nunca. Algunos cohetes que brillan en el firmamento nos inducen á suponer que las legaciones están en comunicación con refuerzos que acamparían

fuera la ciudad: fácilmente se cree cuanto con ardor se desea...

Sábado, 28 de Julio.—Nos preocupamos seriamente por los víveres: fijamos la ración en ocho onzas diarias por persona: podemos vivir diez días. A las diez truena el cañón: han colocado una pieza á cien metros del Jen-t'se-t'ang: los nuestros se apresuran á dar buena cuenta de los audaces artilleros: los supervivientes la alejan y nos envían setenta y cinco cañonazos: parece les escasean las municiones, pues cargan con cuanto encuentran: ladrillos, piedras, todo les sirve de excelente metralla. Durante la noche nos han enviado treinta y cinco bombas é innumerables disparos de fusil.

Domingo, 29 de Julio.—Prosigue el bombardeo: los soldados nos envían ciento quince balas rasas, y es tan nutrido y certero el fuego, que destruyen las débiles troneras que protegían nuestros soldados.

Lunes, 30 de Julio.—La noche ha sido terrible: no han cesado de disparar contra Jen-t'se-t'ang. A las siete de la mañana los cañones reanudan su obra, apoyados por el violento fuego de las tropas regulares. El comandante Henry, acompañado de doce marineros, defendiendo la brecha que ayer abrieron: los boxers en compacto grupo se precipitan por ella cargados de haces empapadas de petróleo, que encienden y lanzan contra la muralla del Norte.

El valiente Henry se multiplica: los boxers mueren á centenares: desgraciadamente dos marineros son heridos por una bala que se aloja en el cuello del comandante. Al sentirse herido baja de la barricada, y recibe una segunda bala Mauser en el costado. A pesar de las dos heridas mortales, impasible, heroico, continua en pie: sin fuerzas para sostenerse, quiere apoyarse y cae en brazos de un sacerdote que le administra los últimos Sacramentos. Y á los veinte minutos entrega su alma al Eterno este valeroso soldado y excelente cristiano. Una sola vez hemos llorado durante el asedio terrible, y esta vez ha sido hoy. Jamás nos vimos en situación tan apurada: el contramaestre Elías ha tomado el mando del destacamento; pero á su lado estará siempre el Ilmo. Jarlín, que vela por la conservación de la moral de nuestros queridísimos bretones, quienes lloran como niños la muerte de su jefe querido. Durante el día han disparado los sitiadores ciento cincuenta cañonazos: alentamos una esperanza, la postrera; y es que el comandante nos decía: «Cuando me maten nadie tendrá necesidad de mí.» El nos protegerá desde lo alto de los cielos junto con San Mauricio y San Jorge, entre los cuales piadosamente pensando creemos goza la eterna felicidad.

Martes, 31 de Julio.—Los boxers nos envían flechas portadoras de numerosos ejemplares de la siguiente carta:

«Cristianos, sitiados en Pei-tang, reducidos á miseria tan extrema que debéis comer las hojas de los árboles, ¿por qué resistir con tanto empeño si vuestra resistencia es inútil? Tenemos para luchar contra vosotros cañones y minas, que dentro breves días os matarán á todos. Los diablos de Europa os engañaron, volved á la religión de Fouo, entregadnos al Ilmo. Favier y á los demás, y salvaréis vuestra vida y os dare-

mos de comer. De no hacerlo así, vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos seréis despedazados.»

Inútil creo decir que ni uno solo de los intrépidos compañeros de fatigas ha tenido la tentación de aceptar la oferta, y sin embargo, en la actualidad el cotidiano alimento que reciben ¡apenas llega á trescientos gramos!

Hoy nos han enviado ochenta cañonazos sin causar daños de consideración, á no ser en las techumbres, de las cuales queda poco más que el recuerdo.

Miércoles, 1 de Agosto.—A las seis de la mañana los boxers atacan por el Norte, son pocos, apenas tres ó cuatrocientos: se les rechaza fácilmente causándoles cincuenta muertos.

Horas después en los alrededores de la pagoda de los lamas oímos gritos y disparos: parece ser que riñen boxers y soldados, y que éstos acaban por fusilar algunos de aquéllos.

Jueves, 2 de Agosto.—Una vez más disminuimos las raciones: la debilidad es general, comemos lo indispensable para no morir de hambre. Los perros que vienen á comer cadáveres de boxers son cazados, muertos y comidos: los desgraciados que nos rodean añaden tan repugnante alimento á las hojas de los árboles y á cuantas raíces encuentran. Han transcurrido muchos días de la fecha en que suele empezar la época de las lluvias, y sin embargo no llueve: Dios conserva practicables los caminos para que pueda llegar fácilmente el ejército libertador.

Viernes, 3 de Agosto.—Diríase que han levantado el sitio, pues sólo de vez en cuando interrumpe la calma algún disparo de fusil. Al mediodía discutimos la oportunidad de hacer una salida á las dos de la madrugada del siguiente día, para ver si lográbamos provisiones: para ello debíamos exponer la vida de los dos tercios de nuestros marinos, lo cual no haremos hasta que carezcamos en absoluto de alimento más ó menos comestible.

Sábado, 4 de Agosto.—Durante el día, al igual que los cuatro precedentes nos dejan en completa paz, pero al extenderse las sombras de la noche reanudan con violencia el fuego de fusil. Boxers y soldados saben que nuestra actual situación es la más apurada que darse pueda, y han resuelto impedir á toda costa nuestra salida. Impulsados por el hambre, algunos cristianos huyen, recorren las casas incendiadas y regresan con algunos puñados de arroz quemado, recogido entre los escombros: ¡triste espectáculo!

Domingo, 5 de Agosto.—La cuestión de los víveres es casi la única que nos preocupa: se resisten balas, cañonazos y bombas, pero el hambre no hay quien lo resista. De nuevo se pesa escrupulosamente cuanto es posible comer: resulta un total de siete mil libras. Resolvemos repartirnos entre los tres mil sitiados, mil libras diarias. Podemos vivir siete días. Confiamos que el deseado ejército llegará la próxima semana, ¡ha sido tan grande, tan visible la protección que hasta hoy nos ha dispensado el Señor!

Lunes, 6 de Agosto.—Algunos cristianos, sin fuerza para resistir el hambre, se atreven á intentar una nueva salida: tres han caído en poder de los boxers, que se los llevan para despedazarlos. A esta desgracia hay que sumar la de un marino del destacamento de la puerta

principal, á quien un balazo ha arrebatado un ojo. ¡Con éste son tres los tuertos entre nuestros infelices y siempre valerosos soldados!

Martes, 7 de Agosto.—Lejos, muy lejos, se oye un rumor confuso parecido á furioso cañonazo. Soldados y boxers nos atacan con escasa energía, que nos hace creer en la proximidad del ejército; pero es tal la debilidad de los cristianos, que apoyados unos, sentados ó echados otros, véseles pálidos, delgados, aniquilados casi por tanto padecer. Si el enemigo tuviera valor para atacar á los quinientos lanceros que en un principio contábamos, apenas veinticinco serían capaces de oponerle resistencia.

Miércoles, 8 de Agosto.—Siempre la calma terrible, acompañada de pocos, pero constantes disparos: un cristiano, subido á lo alto de un árbol, cogía hojas; le alcanza una bala y cae como el pájaro infeliz herido por flecha certera.

Jueves, 9 de Agosto.—Doblamos la vigilancia, pues los boxers han prometido hacernos volar á todos: despreciando el peligro se hace una salida para explorar el Este de la gran puerta. Muere un cristiano y dos regresan heridos, pero se ha destruido una mina cuyas obras tocaban á su término.

Viernes, 10 de Agosto.—Con terror vemos que sólo quedan víveres para dos días: separamos cuatrocientas libras de arroz y una mula, para que nuestros intrépidos defensores puedan vivir diez días.

Se ha propuesto la cuestión de si debíamos reservarnos algo para los misioneros y las Hermanas: la respuesta fué unánime: «¡No! moriremos cuando mueran los cristianos.» Sin embargo, alguien ha observado que nuestra situación era peor que la de los infelices que nos rodean, quienes á lo menos comen hojas de árboles, lo cual no sabemos ni podemos comer. Atendiendo esta consideración se ha resuelto que cada uno de nosotros conserve en su aposento un pan de dos libras, la única, la suprema reserva.

Las raciones quedan reducidas á dos onzas por persona: esta resolución nos da seis días de vida, ¡días terribles! Tenemos agua abundante, y mientras ésta no falta puede vivirse un tiempo relativamente largo.

Al mediodía el cañón del Norte y del Este nos envían cincuenta gruesos proyectiles. La pésima puntería nos indica que son boxers los que lo sirven. A las tres de la tarde vemos aparecer por el Sud en el firmamento un globo cautivo: nuestras esperanzas aumentan.

Sábado, 11 de Agosto.—Hoy sesenta cañonazos: como proyectiles nos envían cuanto encuentran: clavos, piedras, ladrillos. Al anoecer se ha descubierto y destruido una mina al Sud de la gran puerta.

Domingo, 12 de Agosto.—A las seis y cuarto de la mañana explosión formidable, increíble: una mina mayor; más horrible que las precedentes, ha estallado debajo del convento de las Hermanas. Llenos de terror corremos al lugar del suceso: afortunadamente niños y Hermanas hallábanse en su mayor parte oyendo Misa en la capilla, circunstancia á no ser por la cual perecen todos. Los destrozos son enormes: la parte Este del Jen-t'se-t'ang queda arruinada: un cráter de siete metros de profundidad y cuarenta de diámetro, señala el lugar de la explosión. Cinco marineros italianos y el



ILMO. Y RMO. SR. D. FR. LUIS PÉREZ Y PÉREZ, DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN, OBISPO TITULAR DE CORICO, PRIMER VICARIO APOSTÓLICO DE HUNAN SEPTENTRIONAL. (Pág. 35).

oficial han desaparecido: más de ochenta cristianos, comprendiendo en este número á cincuenta y una tiernas criaturitas, quedan sepultados en este inmenso caos. Despreciando la granizada de balas volamos á socorrer los heridos.

El Hermano Julio-Andre salvaba una mujer enterrada ó poco menos entre los escombros, cuando un balazo lo hiere mortalmente. Hombre heroico, durante los días del asedio ha dado muestras de privilegiada inteligencia, abnegación y valor á toda prueba.

Los marinos franceses han llegado presurosos al lugar del suceso y muerto cincuenta boxers, que se esforzaban para entrar: los que de lejos les acompañaban han emprendido precipitada fuga. Hasta al caer la tarde no nos ha sido posible comenzar los trabajos para auxiliar á los heridos: á M. Oliviere, jefe del destacamento italiano, lo encontramos cubierto de graves contusiones, pero confiamos salvarle. De los cinco marinos dos son sacados vivos, pero sus grandes heridas quitan toda esperanza. Marineros franceses y seminaristas quedan en Jen-t'se-t'ang para defender la enorme brecha de ochenta metros de largo. Desde las ocho de la mañana no ha cesado el cañoneo: los proyectiles recibidos pasan de cien. ¡La situación actual es desesperada!

Lunes, 12 de Agosto.—El hambre nos tortura: el abatimiento es general: lejos, muy lejos, oímos un ruido persistente; creemos es el cañoneo de una gran batalla, y alienta la postrera de nuestras tantas veces desvan-

cidas esperanzas. A las once estalla en Jen-t'se-t'ang otra mina: á Dios gracias fué mal calculada, y los daños causados son relativamente pequeños.

Al anochecer los boxers gritan: «Los diablos de Europa se acercan; moriremos si es preciso, pero antes volaréis hechos pedazos.»

A las cuatro de la tarde muere herido de una bala en la frente el intrépido marino Robours. ¡Sólo tenemos víveres para dos días, y qué víveres!

Martes, 14 de Agosto.—Al Sud-Este debe librarse terrible batalla: oímos nutrido fuego de cañón, de ametralladoras y descargas cerradas que se suceden sin interrupción: desde lo alto del templo vemos que numerosas banderas chinas desaparecen de lo alto de las murallas. A las once aumenta el fragor del combate, y pasan grupos de fugitivos y gentes que buscan más segura habitación. A pesar de la granizada de balas que recibimos, la esperanza renace potente en los corazones todos. Se escuchan animadas conversaciones, y alegre sonrisa contrae los labios pálidos de tanto sufrir; es indudable que el ejército salvador ataca Pekín. A las cinco de la tarde, auxiliados de potente anteojo, vemos sobre las murallas cinco oficiales extranjeros y un marino, que hacen señales á alguien que se hallaría hacia el Este: á corta distancia flota una bandera americana. A las nueve el tiroteo aumenta: vemos pasar un convoy de dos ó trescientos heridos chinos.

Miércoles, 15 de Agosto.—FESTIVIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN.—Antes de que la aurora anunciara el día, una puerta de Pekín ha sido pasto de las llamas. De siete á nueve el tronar de los cañones y las incesantes descargas aumentan en intensidad: el ejército asalta. En el lugar donde ayer vimos los cinco oficiales se ven hoy numerosos europeos.

Hasta las nueve de la noche esperamos ansiosos y confiados que vengan á salvarnos. La Virgen, que ha querido que las tropas salvadoras entraran en Pekín el día en que la Iglesia celebra la festividad de su Asunción gloriosa, los enviará mañana.

Los víveres que restan pesan cuatrocientas libras ¡cuatrocientas libras para tres mil personas! Parece que la Providencia contara los granos de arroz; ¿quién podía contarlos con igual exactitud?

Jueves, 16 de Agosto.—Después de celebrar el santo sacrificio de la Misa, he rezado la acción de gracias, escuchando siempre el ruido ensordecedor del constante combatir de numeroso ejército que por el Sud se acerca. A las siete y media el fragor del combate se percibe cada vez más cercano, y á las ocho apenas trescientos metros nos separaban de la sangrienta lucha, cuyo teatro era el lado opuesto de la puerta amarilla, en el sitio llamado Si Hoa. La puerta fué cerrada; numerosos soldados ocupan la calle que partiendo de la citada puerta conduce al palacio imperial, calle obstruida por fuertes barricadas levantadas con sacos de arroz, y defendidas por más de mil quinientos soldados provistos de fusiles de tiro rápido, y numerosísimos boxers y regulares apostados en las casas vecinas, desde las cuales pueden á mansalva hacer fuego mortífero.

Los nuestros, encaramados en los más altos muros, creen unos ver soldados europeos en la parte exterior de la puerta; otros soldados chinos, y todos ignorába-

mos si cuanto se preparaba era un ataque supremo ó era la soñada libertad. Deseando salir de dudas tomo un clarín, y por tres veces repito el más popular de los aires militares franceses. Ni lejano sonido ni vitor alguno responden en el exterior del sitiado recinto: una lluvia de proyectiles cae y parece burlarse de mis esperanzas. Una bomba cae á mis piés: tengo el tiempo estrictamente necesario para refugiarme detrás de un montón de ladrillos. Pasa media hora, cuando un valiente cristiano baja de la muralla de la ciudad amarilla, llega corriendo y jadeante exclama:

—¡Son europeos! he visto un oficial vestido de blanco con muchos galones.

En lo más alto del templo habíamos levantado la bandera francesa y la señal: «Pedimos socorro inmediato.» Al recibir la anterior noticia, el director y alumnos del Seminario corren á colocar otra bandera doscientos metros más al Norte, y repiten los sonos del clarín. El oficial visto por el cristiano acude presuroso: colocan una escalera, sube la muralla y estrecha la mano de mi coadjutor. Era un capitán japonés, y pregunta:

—¿Cuentan con fuerzas suficientes para abrir la puerta de la ciudad amarilla?

La empresa era imposible para nuestro reducido contingente, y así se le manifestó.

—Bien, contesta, veré si logro hacerla volar.

Salta la muralla y parte.

En este preciso instante vemos otros soldados, que vestían traje azul, avanzar rápidamente arrastrando un cañón.

—¡Franceses! ¡Son franceses! gritan todos, y corren riendo y llorando al rededor de la bandera, y lanzan cuantas escaleras encuentran para facilitar la subida. Minutos después los cincuenta hombres de la compañía Marty se encontraban en el recinto testigo de nuestros dolores. Casi al mismo tiempo los japoneses han escalado la muralla más hacia el Sud y abierto la puerta: la artillería francesa colocada frente á frente ha completado la obra, y despreciando un fuego de millares y millares de disparos por minuto, se lanzan al asalto de las fuertes barricadas.

Los soldados de infantería de marina que entraron en nuestras posesiones las han cruzado, y asaltando por detrás la mayor de las barricadas, la han tomado después de haber asaltado é incendiado las casas desde donde les hacían fuego, y pasado á cuchillo á todos sus defensores.

La batalla ha terminado. Más de ochocientos boxers y soldados regulares cubren las calles. Debemos lamentar la muerte de dos hombres y tres heridos, entre los cuales figura el jefe Marty.

Son las diez. Hace un cuarto de hora que el embajador francés Mr. Pichón y el general Frey se encuentran en Pei-tang: inútil será decir que con efusión les estrechamos contra nuestro pecho, y con alegría nos felicitamos mutuamente. Estamos en libertad, y los franceses nos han salvado.

REFLEXIONES ACERCA LA CUESTIÓN DE CHINA

CAUSAS QUE LA HAN MOTIVADO.—LAS MISIONES AGUSTINIANAS EN CHINA

(Continuación)

Si estos argumentos no son suficientes para llevar la convicción á la inteligencia más prevenida en contra de la conclusión sentada, lea el testimonio unánime de las personas que, conociendo el estado del celeste imperio, por haber residido allí algún tiempo, han escrito sobre los actuales sucesos; recorra las interminables galeradas de telegramas, enviados desde el teatro de la guerra; abra la Revista *Las Misiones Católicas* y otras de parecida índole, y, so pena de negar la luz, verá que en los telegramas, á pesar de su oficiosidad, resalta frecuentemente la enemiga y odio de los boxers hacia la Religión de Jesucristo; pero donde esa nota brilla con irresistible fulgor, es en el testimonio de las personas que han consignado por escrito las propias impresiones, los relatos por ellos recogidos, y los he-



JAPON.—VISTA PARCIAL DEL PARQUE DE UENO, EN TOKIO. Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud. (Pág. 42)

chos que han presenciado, todo lo cual corroboran *Las Misiones Católicas* con tal abundancia de datos irrecusables, y á veces con tal lujo de detalles, que, al leerlos, brota espontánea del fondo del alma esta exclamación: «La Religión católica: he ahí el enemigo que pretenden aniquilar los boxers.» La invasión extranjera es una causa, cierto; pero también un pretexto para ocultar uno de los principales móviles de todas las sectas del celeste imperio, confabuladas contra Cristo y su Iglesia; de igual manera que tras la protección de los misioneros por las respectivas naciones, aunque con relativa frecuencia es un hecho, se esconden otros fines menos desinteresados.

Negada la importancia de este factor, no cabe explicación posible del brutal ensañamiento con que los boxers han tratado hasta de raer del imperio las huellas del Cristianismo. Diráseme que no ha sido único el caso en que los cristianos, bajo la dirección de sus misioneros, se han defendido como leones, haciendo morder el polvo á muchos de los tigres que les sitiaban, y consiguiendo en más de una ocasión glorioso triunfo, lo cual, dicho sea de paso, prueba una vez más que dentro de pechos cristianos alientan corazones esforzados que no temen la muerte, y que la Religión es madre fecunda de verdaderos héroes; pero ¿cuánto más frecuentes que esas valerosas defensas han sido los asesinatos de misioneros sorprendidos orando en sus iglesias, de inermes cristianos de todas las edades, sexos y condiciones? ¿Qué era lo que tan horriblemente aumentaba la ferocidad de los boxers, que tras el pillaje y el incendio no veían hartos el diabólico furor que los impulsaba, sino cuando habían hecho morir entre los más crueles y prolongados suplicios, no ya á los misioneros europeos, sino á niños, mujeres y ancianos todos de la misma raza que sus perseguidores? ¡Ah! ¡es que estos seres indefensos é inofensivos eran cristianos! ¡Horrendo crimen que debían pagar con su vida, arrancada á pedazos! Pero ignoraban los verdugos que cuanto más duros eran los martirios, más rica corona preparaban á los Mártires en la verdadera patria; pretendieron aventar sus cenizas, y los inmortalizaron aún sobre la tierra. Los nombres de muchos de estos adalides sólo de Dios serán hoy conocidos, mas la sangre que tan generosa y valerosamente vertieron por la fe contribuirá á derrocar el poder de las tinieblas, apresurando el día en que, desde todos los ámbitos del celeste imperio, surja armonioso, atronador, un himno de gloria á Dios Trino y Uno, y á Jesucristo, Redentor y Salvador del humano linaje.

Tal vez el príncipe de las tinieblas prevé por ciertos indicios su próxima inevitable derrota, é, impulsado por su ciego orgullo, pretende mediante un supremo esfuerzo, consolidar su tiránico poder. Hasta cabe suponer que los boxers sean los ejecutores de sus mandatos.

Ríanse de nuestra candidez los que blasonan de despreocupados y espíritus fuertes, pero tiemblan al moverse una hoja seca, ó al lastimero silbido de la lechuza. ¿Será acaso una noñez lo que he dicho, cuando en la que llaman culta, y es en la realidad corroída Europa, se rinde culto á Satanás en persona? ¿Será también este hecho, probado hasta la saciedad, invención

de calenturienta fantasía? ¿Hay por ventura en lo puramente humano alguna causa que de tal manera enardezca á los boxers, que los despoje de las cualidades de hombres, y los excite á perpetrar en seres inocentes todo ese cúmulo de horrendos crímenes que la pluma se resiste á describir?

Por si las razones alegadas no satisficieran á los que rehusen creer que los boxers constituyen una verdadera secta tenebrosa, ó la elocuencia de los hechos no les convenciera, fíjense en los trabajos de zapa, aunque distan mucho de ser ignorados, de la Masonería europea y americana por aproximarse á los boxers y entablar con ellos *relaciones fraternales*; que no á humo de pajas las Revistas masónicas simpatizan abiertamente con los *rebeldes* chinos; noten que Francia, la República anticristiana por excelencia, donde la Iglesia de Jesucristo y sus más ardientes defensores son perseguidos sin tregua ni descanso, con inereíble desfachatez y sin guardar siquiera las apariencias, envía como plenipotenciario para negociar la paz en el celeste imperio á uno de los más conspicuos hh..

Dos son en conclusión las principales causas del alzamiento de los boxers: una, la que más salta á la vista de un modo oficial es el odio de raza, la lucha por la independencia; la otra... ¿cómo ha de aparecer tan sensible, si los mismos que debieran proclamarla, están interesados en que permanezca oculta? Pero ya la conocen nuestros lectores: la guerra á muerte contra la Religión y sus ministros.

Y al llegar á este punto no puedo menos de rendir mi sincero tributo de alabanza á cuantos periódicos y Revistas han puesto de relieve la existencia é importancia de la causa religiosa en la cuestión de Oriente, tributo á que es acreedora de un modo especial *Las Misiones Católicas*, la cual, llenando cumplidamente el fin que su mismo título expresa, ha insertado en sus columnas tal copia de irrecusables documentos, que ellos por sí son más que suficientes para evidenciar que al discutir los asuntos de China no debe omitir colocar en la balanza el punto religioso, quien desee explicar ciertas obscuridades que sin ese antecedente serían inexplicables.

Pero al recorrer las páginas de *Las Misiones Católicas* experimento en mí la dolorosa impresión que causaría á un hijo cariñoso al ver que se ensalzan los méritos de todas las madres, menos los de la propia, tan digna de respeto y de loa como las demás. Como agustiniano me es muy sensible leer en esa Revista minuciosos relatos de otras Misiones en China, y la que allí tiene la Orden de San Agustín... como si no existiese. Mas la culpa es nuestra, señor Director; ¿cómo podía V. publicar cosa alguna, si nada le han enviado? Cuando deje de ser el carácter general y como distintivo de la Orden Agustiniiana esa indiferencia, que raya á veces en supina, simbolizada por el famoso *quid ergo?* entonces nos cuidaremos más de nuestras legítimas glorias. Empero, loado sea el Señor que se complace en agijonearnos, para que sacudamos esa ingénita pereza en nuestras cosas: gracias á su misericordia vamos despertando del letargo.

Pluma mejor cortada que la mía debiera romper ese punible silencio, llenar el vacío que he señalado en *Las*

Misiones Católicas, pero cansado de esperar inútilmente, creo en mí un deber sagrado suplir esa falta.

Allá va, pues, señor Director, el relato de lo que en los actuales trastornos han sufrido las Misiones Agustiniánas de Junan Septentrional. Pobre será, porque son muy pocos los documentos que hasta mí han llegado; tardío, porque la estrechez en que viven nuestros misioneros, que carecen aún de lo más necesario, no permitía hacerlo por telégrafo; pero será fiel.

La provincia de Junan, una de las más ricas del celeste imperio, está dividida eclesiásticamente en dos vicariatos apostólicos: el Meridional, confiado á los Padres Franciscanos; y el Septentrional, erigido por Su Santidad León XIII por Breve del 13 de Agosto de 1879, en el cual despliegan su apostólico celo los hijos de San Agustín, españoles, pertenecientes á la provincia del Dulcísimo Nombre de Jesús de Filipinas. El primer Vicario Apostólico de esa región es el Ilmo. y Rmo. señor Dr. D. Fr. Luís Pérez (1), obispo titular de Corico, uno de los primeros apóstoles del vicariato, pues está en él desde Julio de 1879. Al estallar la revolución evangelizaban el Junan Septentrional dieciséis Religiosos y dos sacerdotes indígenas, y en Jan-Kow se estaban preparando otros, de modo que sin este contratiempo actualmente más de veinte obreros evangélicos esparcirían la buena nueva por el dilatado territorio.

El número de cristianos, muy corto durante los primeros quince años, en los que parece quiso el Señor probar la fe y constancia de sus enviados, ha crecido rápidamente en estos últimos, de tal manera que, á excepción de la espaciosa iglesia levantada en Semen, las otras nueve, esparcidas por las distintas Misiones, son incapaces para contener una mínima parte de los fieles, y puede colegirse cuál será la aflicción de los misioneros al verse totalmente faltos de recursos pecuniarios para construir templos, si no grandiosos, al menos decentes y de conveniente capacidad. De Casas-Misiones no hay que hablar; pues si las de Dios son tan reducidas, tan pobres que en muchas faltan hasta los ornamentos más necesarios, fácilmente se comprende que los que allí han ido y allí trabajan sin descanso, en medio de increíbles privaciones y á costa de muy penosos sacrificios, sobrellevadas aquéllas y aceptados éstos con envidiables paciencia y alegría, porque su único afán es dar gloria á Dios y conducir almas al reino de su Iglesia, poco ó nada se han de cuidar de la propia habitación, contentándose con un mísero tugurio que apenas utilizan, toda vez que el celo que les anima no les deja sosegar en un punto más de lo que pide su evangelizadora misión, y por otra parte con frecuencia tienen que andar errantes y fugitivos á causa de las frecuentes persecuciones.

Con tal estrechez y penuria ¿cómo han de atender á las necesidades cada día mayores de las Misiones? ¿Podrán sin recursos sostener las once escuelas que han fundado, siete para niños y cuatro para niñas, y el orfanotrofo? Si Dios multiplica milagrosamente los escasísimos recursos con que cuentan, claro es que eso y mucho más conseguirán. Pero esos milagros pueden hacerlos las personas caritativas, á cuya generosidad apelamos nuevamente.

(1) Véase el grabado de la pág. 32.

Todos pueden contribuir en la medida de sus haberes: concurren todos con su óbolo á tan grandiosa obra, muévala la caridad á socorrer á nuestros misioneros, y no permitan que á los trabajos y penalidades que sin interrupción padecen, se una la total carencia de medios para proseguir la apostólica tarea que Dios les ha confiado. Háganlo por Dios, en la seguridad de que El les premiará devolviéndoles con creces la limosna que dieren, preparándoles una brillante corona en el reino de la inmortalidad, y no olviden que la Orden Agustiniánica ora cuotidianamente por sus bienhechores, y que cuantos con su ofrenda acudieren en auxilio de los misioneros, tendrán una participación especial en las oraciones y padecimientos de los mismos.

Como hermano, como cristiano y como español, cumplo un deber sacratísimo levantando mi voz en favor de los Agustinos españoles, misioneros de Junan Septentrional. Quiera Dios que esa voz penetre en los corazones de los cristianos españoles, y les mueva á compasión, no estéril, sino fructuosa, demostrándolo en la prontitud y generosidad con que vuelen al socorro de tan apremiantes necesidades. No tengan entrañas de bronce, porque con los que se mostraren sordos al llamamiento del pobre, tampoco Dios usará de misericordia.

(Se concluirá).

LOS PIGMEOS

POR EL ILUSTRÍSIMO LE ROY

VIII.—CARACTERES SOCIALES DE LOS NEGRILLOS

Porvenir de la raza.—Encantos del bosque

Perdido en la inmensidad de esta naturaleza que nos parece pobre, vive al día, de recursos imprevistos que hallara al azar, el cazador buhsman. «Hoy, escribe M. de Preville, se ha visto obligado á estrechar fuertemente el estómago con una correa para disminuir los tormentos del hambre; mañana, cuando las envenenadas flechas logren el fin que persiguen, comerá con tal avidez y persistencia que su volumen aumentará visiblemente. En breves días pasa del aspecto de esqueleto apenas cubierto por delgada piel, al de un hombre gordo, rebosante de vida, y *viceversa*. Cuando nada encuentra vese obligado á ayunar: pero en el caso contrario come por largos días. ¿Dónde y cómo almacenar provisiones si su trabajo le obliga á vivir errante y carece de medios de transporte?

«Pocos en número, divididos en pequeños grupos, impotentes para reunir ó legar cosa alguna, estas familias de cazadores viven iguales entre sí, independientes y sin apoyo. Son un puñado de hombres sin ley y sin fuerza para resistir las empresas del extranjero. Raza privada por las circunstancias que la rodean de cohesión y de gobierno, existe para ser esclava: su destino es verse oprimida, ser víctima de los vecinos grupos mejor organizados: y vemos que de tiempo inmemorial cafres y hotentotes son los esclavos de los buhsmans (1).»

(1) A. de Preville: *Les Races africaines*.

Las precedentes reflexiones son aplicables no sólo á los Sán, sino también á los negrillos en general. Son exactas en cuanto afirman que los pueblos cazadores desaparecen forzosamente ante los pastores y agricultores; pero debe añadirse que la afirmación se cumple sólo cuando pastores ó agricultores pueden utilizar el terreno donde vive la caza, y lo necesitan para desarrollarse. Lo que hasta la fecha ha permitido vivir á los negrillos, es que habitan regiones casi intransformables, donde ó la tierra, como en Kalahán, es asaz avara para tentar á los colonos, ó asaz exhuberante, como en los bosques ecuatoriales, para dejarse vencer por el trabajo.

de la humanidad que les arrastra: dejad pasar breves años, venid, buscadles, no les encontraréis: desaparecieron para siempre jamás. Esto he visto prácticamente al Este y al Oeste, en Sabaki y en el Ogowé, en los negrillos que fueron arrastrados á la *civilización* por las vecinas y más adelantadas tribus.

Salvo raras excepciones, suelen comprender la suerte que les amenaza, y añorando la felicidad perdida vuelven á la vida errante que en mal hora trocaron por la sedentaria ociosidad de sus vecinos.

No hay duda que vista de lejos, desde París ó de Londres, desde confortable salón cuyas paredes cubren



JAPON.—CALLE DE TOKIO Y TORRE DE LOS DIEZ PISOS

Reproducción de fotografía por el P. Ribaud, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 42)

En esto precisamente estriba la fuerza de esta raza pequeña: siempre ante ella se extiende la tierra. Mientras la ve libre no teme el mañana; pero cuando se reducen las grandes extensiones, caen los bosques al golpe del hacha, y aparecen los extranjeros, cuenta con un solo recurso: huir, huir siempre hasta que, al igual que los supervivientes del diluvio, se encuentre encerrada en el rincón postrero del último bosque y ante el último rebaño de antílopes.

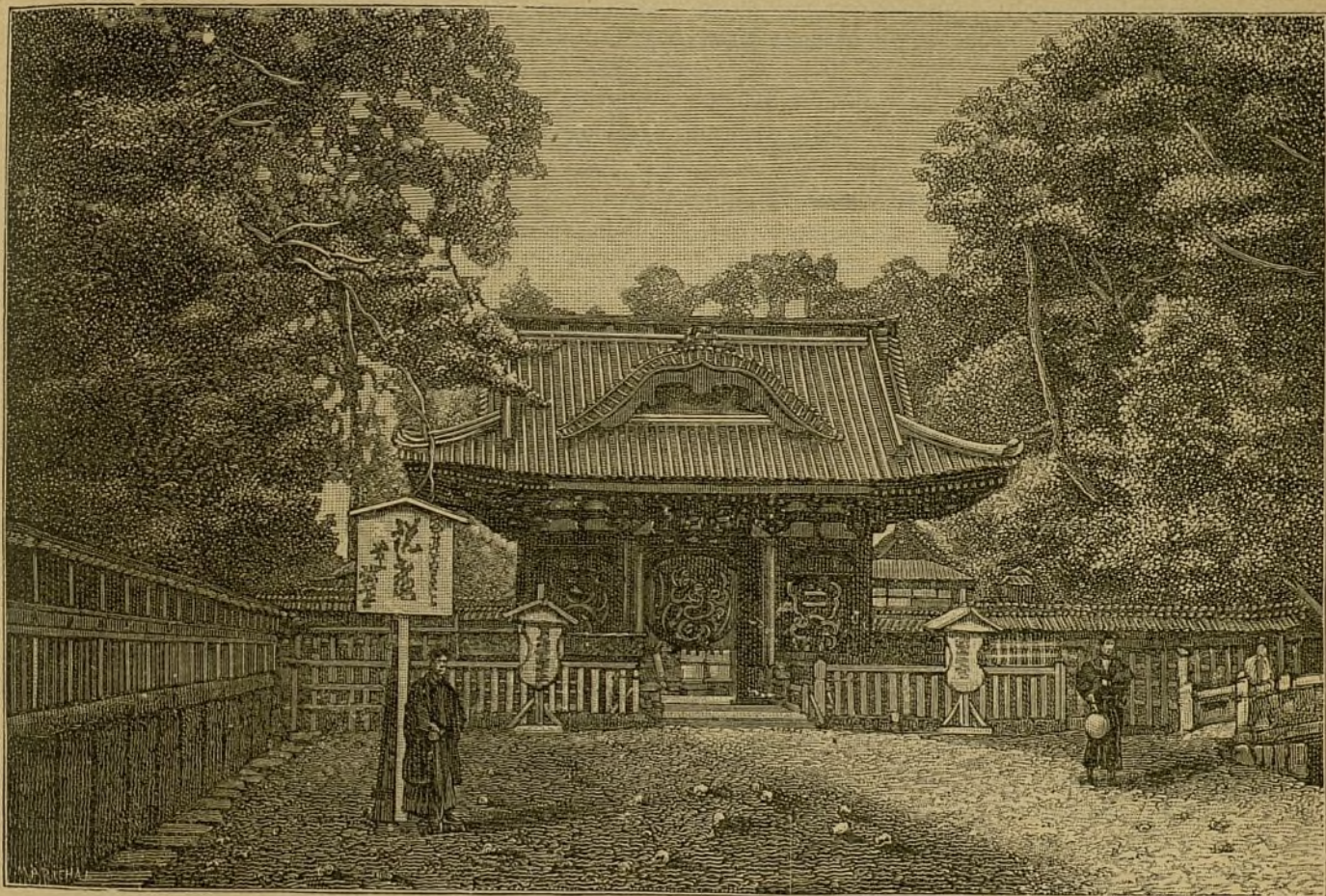
¿Y si los obstinados cazadores se resuelven á labrar la tierra? Sucede una cosa singular: el cultivarla, el vestirse, el aficionarse á los placeres del lujo son los medios más seguros para que el negrillo deje también de existir... Unos mueren; otros dispersos individualmente se pierden, mueren; otros entran á formar parte de vecinas tribus; todos caen en el impetuoso torrente

ricas colgaduras de seda, desde el aposento donde las inclemencias del tiempo no logran hacer sentir sus efectos ó desde opípara mesa, la vida que describimos lo menos que debe parecer es miserable... Pero, si el que lee y juzga ha gustado los encantos del bosque, sintiendo los indecibles atractivos de la soledad, si sabe admirar la naturaleza siempre joven y repleta de vida nueva, preguntarla y escuchar sus misteriosas respuestas, éste comprenderá que la vida del hombre silvestre es algo mejor que un tejido de miserias, barbarie y anadamiento de espíritu... Al igual que las demás inmensas extensiones, que el cielo, que la mar y el desierto; al igual que las cordilleras de gigantescos montes el bosque tiene vida, movimiento, variedad, lenguaje, y un harmónico conjunto que le viste de encanto indecible.

Pero es celoso: quiere que quien desee gozarlo lo visite solo, y arroje lejos de sí las tristezas, preocupaciones é inquietudes que torturan nuestra existencia infeliz. Quiere que sepa oír su voz melodiosa, admirar sus esplendores. ¿Le llamáis monótono? No tiene dos hojas iguales... Y esta variedad se resume en harmónico conjunto: un árbol no es copia de otro árbol; ramas, arbustos, caminos y abismos todos son distintos; no existen dos que sean iguales. Troncos seculares elevan hasta la región de las nubes su cabeza enorme, potente, que se adivina y que no se ve: tiernas florecillas nacidas apenas de la madre tierra abren tímidas sus

grandes y húmedos, el elefante avanza tranquilo, indiferente, el gorila cae como inerte masa y perezoso se revuelca sobre la húmeda hierba.

Luego el ruido cesa, reina la calma profunda: anochece... Y cuando las sombras han extendido por el bosque su misterioso velo, entonces suave, maravillosa, empieza á vibrar por los aires dormidos una canción extraña, dulcísima, la canción de los seres pequeños, de los seres humildes, la de aquellos que jamás viera el hombre, y que al nacer la noche salen de la tierra, de la corteza, de las hojas para solazarse y gozar de la vida: el bosque nunca calla, y tejiendo la suave armo-



JAPON.—ENTRADA DE UNO DE LOS PANTEONES DE TAICORIN EN CHINA

Reproducción de fotografía por el P. Ribaud, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 42)

corolas immaculadas; y siempre y por todas partes árboles, arbustos, lianas, hierbas, ramas, hojas... Los hay gigantes, prodigiosos; elegantes, monstruosos; delicados, finísimos, encantadores; esbeltos, contrahechos, en una palabra, cuanto crear pudiera la más fecunda imaginación. ¡Y todo vive! Oíd: ese palpitante misterioso, ese murmullo suave, es el respirar del bosque, el paso de su hálito, el circular de su sangre...

Por la mañana cuando despierta, su voz es distinta de la del mediodía cuando descansa, y ambas lo son de la voz de la noche cuando canta ó sueña. Cada insecto tiene su hora y su grito; cada pájaro su manera de volar, de cantar, de responder, de subir á través de los aires, de descansar en las ramas ó en la hierba. El puercoespín agita su cola entre las hojas, el jabalí pasa gruñendo, la gacela abre al menor ruido sus ojos

nía de sus desconocidos pobladores, se duerme dulcemente esperando el beso de la luz matutinal.

¡Cuán deliciosas noches he pasado bajo la tienda de campaña en el interior de la selva inmensa!

Pero también conoce revoluciones y combates: las horas de tempestad son imponentes, terribles. Las anuncia un temblor convulsivo que agita los valientes miembros del bosque: antes de empeñar el combate diríase que teme...

Breve é imponente silencio... Luego de súbito estalla formidable el trueno anunciado por el deslumbrador brillo del relámpago: el día se oscurece: lánzase el viento con saña loca sobre copas, ramas, troncos y arbustos: las grandes lianas se balancean cual la jarcia en días de temporal. Sucédense los rayos, la lluvia cae furiosa, aumenta el fragor de la tempestad y escúchase

un fuerte crugido, al que suceden otros muchos formando espantoso conjunto... ¿Será que el bosque se hunde? No: uno de sus gigantes, que desafió largos siglos la rabia de las tempestades, cae vencido, muere; pero antes de quedar para siempre extendido sobre la tierra parece quiere dar al viento el postrer adiós... luego pausadamente reclina su mole colosal, rompe y aplasta los árboles pequeños, pierde entre ellos el inmenso ramaje que ufano luciera, y sobre lecho colosal por él mismo al caer preparado, extiende sus brazos inmensos. Vivió cien, doscientos, quinientos años, pero hoy ha sonado su hora postrera, debía morir... Disminuye el brillar del relámpago, calma el viento su furia loca, el trueno se escucha lejano. La tempestad se bate en retirada: el bosque luchó como bueno, y la victoria corona sus heroicos esfuerzos.

Cuando las últimas gruesas gotas caen al influjo del viento que pasa, los árboles sacuden el ramaje y renace la calma y el orden, las hojas lavadas lucen ante el espectador asombrado cuantos colores soñara el pintor más fecundo, desde el verde tierno al oscuro y triste, del violeta y el azul de cielo al rojo ó amarillo de oro. Y al igual que no existe en la naturaleza cosa que compararse pueda al bosque sumido en inmensa é imponente calma, ó cuando despierta al nacer el día y canta la suave canción de la luz, al igual que nada le excede en grandeza cuando lucha con la tempestad, tampoco existe nada tan hermoso y henchido de tan múltiples encantos cual el bosque, cuando mojado, rejuvenecido, tembloroso, sale del baño y se viste de rayos de sol...

IX.—DIVISIÓN ÉTNICA DE LOS NEGRILLOS

Capas de población africana.—General identidad de los caracteres de los negrillos.—Son una raza.—Diferencias: causas que las originan.—Medio en que viven.—Cruzamientos.—División de los negrillos fundada en las diversas tribus entre las cuales viven.—Segunda división de los negrillos fundada en los cruzamientos.—Negrillos cuaternarios.—Negrillos terciarios.

Al estudiar en general los pueblos que habitan el gran continente africano, se nos presentan en la actualidad como formados por capas superpuestas diferentes entre sí por el aspecto, costumbres, tipo y color; pero todos, en apariencia al menos, están íntimamente convencidos de que les unen afinidades y común origen, siendo hoy posible pasar por transacciones casi insensibles del puro blanco al puro negro y del negro al negrillo puro.

Dice muy bien M. de Quatrefages: «Siempre y cuando las razas negras africanas han vivido libres de extrañas influencias, se han unido conservando sus caracteres esenciales y dando origen á nuevas razas. Lo que vemos sucede en tiempos asequibles á nuestras investigaciones nos indica cuánto en remotas edades debió suceder. No debe, pues, sorprendernos hallar múltiples pruebas de unión y fusión de razas secundarias, al igual que encontramos por todas partes: y tales uniones ó fusiones debieran dar y han dado origen á numerosos pueblos que se distinguen por apenas perceptibles diferencias (1).»

Al hablar particularmente de los dos tipos de la raza negra, el negro y el negrillo, añade: «Yuxtapuestos

desde fecha indefinida, pero muy remota, los representantes de estos tipos se han unido en diversos grados, y dado origen á poblaciones mestizas que vivieron el tiempo necesario para perpetuarse y adquirir un grado tal de fijeza que en la actualidad es poco menos que imposible conocer su origen. Estas razas están unidas por grandes afinidades. Entre el negro y el husuana (negrillo del Sud) se encuentran casi cuantos intermedios es posible imaginar. Por las venas de los hotentotes corre sangre boshiman; por las de las mutchicongo sangre negra. Entre ambos deben colocarse varias tribus bechuanas, en las cuales el equilibrio es más ó menos aparente, inclinándose en uno ó en otro sentido (1).»

¿Será posible hallar entre tal diversidad de razas, el negrillo puro, conocer sus caracteres específicos, formar una raza aparte?

Para resolver esta cuestión hemos escrito cuanto antecede. Recordamos primero las antiguas tradiciones de los «pigmeos» y vimos que los caracteres de estos hombrecillos, desprovistos de lo que añadiera la fábula ó la popular imaginación, se encuentran aún hoy reunidos en grupos errantes extendidos por todo el Continente africano. De Norte á Sud, de Este á Oeste, al centro y en las playas que bañan ambos Océanos, entre los bosques ecuatoriales y en más ó menos áridos desiertos, seguimos sus huellas y siempre fueron los mismos sus caracteres físicos, intelectuales, morales y sociales. No tienen conocimiento de la unidad de su raza, y esta unidad existe: diríase que son piedras de roca enorme dispersadas en inmensa llanura por las aguas de un torrente impetuoso.

Tienen, pues, iguales aptitudes, iguales costumbres, igual estado social, iguales tradiciones y hasta cierto punto igual figura. Cuando las poblaciones que les rodean, forman sociedades mejor ó peor organizadas, juntan rebaños que solícitos cuidan, cultivan la tierra y se establecen en una región, ellos continúan indiferentes sin poseer otra cosa que los campamentos levantados en los desiertos ó en el bosque que corren. Al igual que los demás pueblos viven de la tierra, pero opinan que, pues ésta produce por sí misma lo necesario para alimentarles, no deben cansarse cultivándola. A quien sabe encontrarlos ella ofrece animales, frutas, plantas, y sólo los ignorantes, los extranjeros, los recién llegados, incapaces de descubrir sus tesoros, deben, para vivir, hacerse sus esclavos. Ellos son los hijos primogénitos de la madre tierra y á todas horas encuentran dispuesto el banquete por todas partes por donde el Señor extendió el bien provisto mantel: *Alma Parens Virgo!*

Esta es la filosofía del negrillo, y con claridad mayor ó menor, y mayor ó menor elegancia, según los grupos ó los individuos á quienes se pregunta, su exposición puede oírse por todas partes, y su primitiva sencillez no está exenta de grandeza. «A cada cual, me decía uno de ellos, Dios le dió su manera de vivir. El loro no vive como el mono, y el mono no tiene hábitos iguales á los del leopardo. Lo propio acontece con los hombres: unos

(1) A. Quatrefages: *Les Races humaines*, p. 982.

(1) A. de Quatrefages: *Les Races humaines*, p. 982.

tienen su manera de vivir trabajando; nosotros vivimos de lo que encontramos. Esto nos impide levantar ciudades y cultivar la tierra. ¿Por qué? Pues, porque no es este nuestro modo de vivir..."

El negrillo tiene conciencia de sí mismo, siente á su manera el amor á la patria, y procura con solícito esmero conservar la pureza de su sangre; siéntese y es una raza.

Las tribus vecinas lo respetan, y déjanle viva tranquilo en el lugar donde al nacer lo encontraron. Pocos hombres pueden aplicarse con mejor derecho el axioma de los latinos: *Nostras quisque patimur manes*. El sello de raza está en ellos tan profundamente grabado que es imposible confundirles con los negros entre quienes viven: hoy que los he estudiado con detenimiento, creo poder afirmar que me bastaría una ojeada para entre cien mpognwes reconocer un okôe.

Resumiendo: los negrillos son una raza que tiene cuanto es necesario para ser considerada como á tal. No son fenómenos como los enanos de nuestras fiestas; no son degenerados cual los cretins de los Alpes ó de otras regiones montañosas: es una raza estable, que se reproduce, tiene vida propia y costumbres propias; es la raza de los pigmeos.

No obstante, á pesar de lo muy semejantes que á través de los siglos se han conservado los negrillos en su manera de vivir y caracteres generales, es innegable que visibles diferencias, especialmente físicas, separan unos grupos de otros, y los individuos entre sí: concretando estas diferencias fijaremos el grado étnico que les corresponde.

¿Cuál es el origen de estas diferencias?

El clima, que ejerce influencia real sobre plantas y animales, lo ejerce también en el hombre, y particularmente en el hombre salvaje que desconoce nuestras instituciones, convencionalismos, leyes y prejuicios. Razas inteligentes, civilizadas y capaces de defenderse contra la acción de la naturaleza exterior, las vemos sufrir notables variaciones: el tipo americano, por ejemplo, no es el tipo inglés; el hijo del Canadá no es un francés, y el brasileño ha dejado de ser portugués de Portugal. Estas influencias exteriores ejercen con mayor fuerza su acción en razas que por ser más primitivas tienen menos resistencia. Admitiendo, como en la actualidad admiten los sabios todos, que la raza africana de los Bantus tiene un solo origen, veremos pasando de uno á otro Océano, y aun sin necesidad de tan largo viaje, la gran diversidad de tipos actualmente reunidos en la citada raza. Viviendo miserablemente en un país casi desierto, los Wa-nyika de la Costa oriental son débiles, alegres, elegantes: casi vecinos suyos los wa-pokomo, encuentran en las fértiles riberas del Tana víveres á discreción, y sus cuerpos dicen claramente que la tierra es fecunda y desconocen el hambre. En la Costa occidental iguales observaciones. Las tribus viven holgadamente de lo que los campos y la pesca les ofrecen, y al igual que los kombes, los bengas, los mpongwes y los nkomis su figura tiene cierta esbeltez y elegancia que no poseen los fans ó mpawins, cuyo tipo robusto y pesado indica distinto género de vida:

la vida del bosque, siempre errantes, abriéndose camino entre trabajos sin cuento, en lucha constante y comiendo hasta saciarse alimentos groseros y abundantes.

Los negrillos sienten también el influjo del clima en que viven: más débiles y miserables en los desiertos, y más amarillos, éticos y deformes cuanto mayores son la miseria y los sufrimientos que rodean su existencia, logran competir ventajosamente con el que juzgamos hermoso prototipo del hombre—presentándonos humildemente como modelos—á medida que mejoran las condiciones de su existencia infeliz. Y lo mismo sucede en todas partes: el europeo que sufre palidece; el negro, enfermo ó hambriento, palidece también, y el negro de su piel se trueca en amarillo triste: cuando vive á sus anchas y tiene sabrosos alimentos la piel se ennegrece y adquiere hermoso brillo.

Existe otra causa más importante que la anterior y de efectos más rápidos que ha modificado el tipo primitivo del negrillo: me refiero á los cruzamientos ó unión con individuos de tribus que invadieron los campamentos que en un principio poseyera y bajo cuyo influjo ó dependencia, voluntaria en grado mayor ó menor, ha debido colocarse.

A pesar de su hermosa filosofía y envidiable tranquilidad, los negrillos han tenido sus apuros para resolver el problema siempre difícil y constantemente planteado: vivir sin trabajar... Esto explica el por qué, prescindiendo de cierto vasallaje que pudo la fuerza obligarles á aceptar, hayan sentido la imperiosa necesidad de vivir unidos ó en relación constante con determinada tribu ó jefe, á quien ó á la cual dan parte de su caza, de la miel que recogen, de sus secretos, de sus recetas, de sus servicios, á trueque de alimentos vegetales cultivados que siempre les son útiles y con frecuencia necesarios: bananas, yuca, maíz, sorgo, eleusina, alubias, patatas, batatas, etc.

Tales relaciones de vecindad debieron originar y han originado uniones más ó menos frecuentes, más ó menos declaradas, pero ciertas, y que alteraron y siguen alterando el primitivo aspecto de unos y otros.

Conservando, pues, cierta semejanza general y con idénticas costumbres los negrillos presentan notables diferencias, según á la tribu ó familia con la cual viven en constante relación.

Fundados en las indicadas diferencias dividiremos de la siguiente manera los grupos de la raza:

- Negrillos de los Lybiens.
- Negrillos de los Massais.
- Negrillos de los Gallas.
- Negrillos de los Nigritiens.
- Negrillos de los Bantu.
- Negrillos de los Hotentotes.

Cada grupo tiene un tipo especial y ciertas semejanzas con la raza que le rodea, de cuyas costumbres, creencias y general manera de ser participa también parcialmente.

Poco podemos decir de los primeros negrillos del Atlas ó Akka, de quienes habla Halibuston: son poco menos que desconocidos. Pequeños, rechonchos, de color

claro, activos, valientes, cazadores intrépidos, participan de los caracteres de una raza relativamente superior entre la cual viven hace dos siglos. Afirman los que de ellos escriben, que son hábiles herreros, y que montados á caballo cazan el avestruz.

El *massai*, pastor nómada y guerrero, omnímodo señor de la inmensa llanura al centro de la cual se levanta el Kilima Ndjaro, es uno de los más hermosos tipos del hombre salvaje. Alto, de aspecto fiero y actitud que revela soberbia, sorprende á cuantos viajeros recorren el país que puebla. Entre esta raza notable viven los *ndorobos*, sin rebaños, sin cultivos, cazadores y miserables, oprimidos, robados y maltratados de mil maneras por estos poderosos señores feudales. Pero efecto de antiguas uniones han adquirido elevado talle hasta el punto de apenas poder llamárseles negrillos: de color muy amarillento, son de no muy elegante figura, de facciones algo irregulares, siempre temen, habitan miserables chozas entre escarpadas rocas ó espesos matorrales, y además de excelentes cazadores trabajan el hierro con relativa perfección: son al mismo tiempo herreros é ilotas de los *massais*.

En la comarca poblada por los *somalís* ó *gallas*, al Noreste del Continente africano, en los valles que riegan el Djuba, el Tana y el Sabaki, viven numerosos grupos llamados: *dahalos*, *bonis*, *langulos*, etc., designados por los *swahilis* de la Costa con el nombre de *twas* ó *wa twa*. Sin tener la graciosa elegancia y las formas regulares de sus dueños—que dueños podemos llamarles, pues se complacen tratándoles mal,—han adquirido algo de su tipo especial; pero este algo no es, por ejemplo, el aspecto negro, sucio, desagradable que más adelante veremos caracteriza á sus hermanos de los bosques del Gabón. Pequeños sin exageración, delgados, tímidos y perezosos, nómadas y mendigos de profesión, gustan de darse aires de independencia y alardear de valor, mostrando que por sus venas de negrillos corre, en mayor ó menor proporción, sangre galla de familia etiópica.

Nada ó casi nada puede decirse del grupo negrillo señalado al Norte de Sierra Leona y á orillas del Tzade. Lo probable es que siga las reglas generales, y que su aspecto sea el de las vecinas tribus.

Más tímidos, más amables y delicados, generalmente más pequeños y de tipo negro exagerado se nos presentan los numerosos grupos de negrillos dispersos entre la gran familia *Bantu*, desde el Congo hasta Cunene, y del Atlántico al Océano Indico. En esta inmensa área encuéntranse tantos sub-grupos cuantos son los grupos negrillos mezclados á diferentes tribus. Los *ba-bongo* del Ogowé, por ejemplo, se caracterizan por ser delgados, pequeños y relativamente deformes: los *a-koas* del Gabón por tener la piel amarilla y la estatura algo más elevada: los *be-kus* de los mpawins por su corpulencia, pesadez y suciedad: los *ma-rimba*, del Mayombe por ser más negros y alegantes: los *ba-twa* del Ituri por pequeños, obesos y embrutecidos: los *ba-kaségéré* del Cunene por mejor formados y regulares facciones... Estas diferencias son secundarias, y su aspecto y sus costumbres revelan y evidencian que pertenecen á una misma familia.

Finalmente: vienen los *sans*, los *mkabbas* y los múl-

tiples *bushmens*, que viven en el extremo Sud. Miserables, degradados, deformes, son los parientes pobres de la más pobre familia humana.

La antecedente división está fundada en las tribus de las cuales son los negrillos compañeros é ilotas. Veamos una segunda división.

«La tierra está poblada de mestizos,» afirma M. de Quatrefages (1), y hemos visto que la raza negrilla, una de las más puras, pues es de las más primitivas, no se ha librado de esta ley fatal. Estudiemos, pues, el grado de este mestizaje, grado que nos servirá de base para una nueva clasificación. Copiaremos las palabras del sabio cuyo nombre ilustre hemos citado repetidas veces: «Las razas que primero se caracterizan, dice, y se separan del tipo primitivo por determinados caracteres se llaman *razas primarias*, y cada una de éstas puede dar origen á otras variedades ó *razas secundarias*, *terciarias*, etc. Esto nos enseñan práctica y diariamente las plantas que cultivamos y los animales domésticos (2).»

Teniendo en cuenta las precedentes palabras, proponemos la siguiente división que completa la anterior:

- Negrillos primarios (ó primitivos);
- Negrillos secundarios;
- Negrillos terciarios;
- Negrillos cuaternarios.

Constantes en nuestro método, empezaremos estudiando los últimos para progresivamente llegar al tipo que debemos considerar como el más puro.

Pablo del Chaillu ha escrito de los *a-koas* que: «probablemente son una rama de los *Shekianis* (3).» Es una equivocación curiosa. Los *bé-shéké*, nombre con que ellos mismos se designan, llamados *a shekiani* por los mpongwes, *itemu* por los kombes, y *boulons* por los franceses, por ser éste, dicen, el nombre de uno de sus antiguos jefes, viven al Norte del Gabón formando una tribu que tuvo importancia, lengua y caracteres propios. Al igual que las tribus vecinas, forma parte de la gran familia bantu, y se subdivide en numerosos clans ó familias, entre los cuales hállanse los *mbisho*. En la tribu de los *shekiani* los *mbisho* suelen ser notables por su corta talla, piel amarilla y tipo relativamente elegante. En una palabra, recuerdan al negrillo, y pues dicen que entre ellos cuentan representantes de esta raza, y aun hoy se unen con individuos de otras razas sin preocuparse de la conservación de la suya, forzoso es concluir que, al cruzar los bosques para llegar á la región que hoy pueblan, los *shekianis* y particularmente los *mbishos* se asimilaron sangre negrilla en notable proporción, y hoy reaparece en algunos de los individuos de su tribu. En una de las Misiones que en Cabo Esterias tenemos establecidas, vivía un individuo de la tribu que nos ocupa, el cual reunía los caracteres todos de los negrillos: en los pueblos de su tribu viven muchos que se le asemejan.

Estos son los tipos que llamaremos *cuaternarios*. Su origen es la mezcla de sangre negra y negrilla, adivi-

(1) A. de Quatrefages: *Les Races humaines*, p. 173.

(2) Id. *Introduction à l'Etude des Races humaines*, p. 18.

(3) P. del Chaillu: *L'Afrique sauvage*, p. 92.



GABON.—PUEBLO DE NEGRILLOS Á ORILLAS DEL WALLE
Reproducción de un dibujo del Dr. Junker

Chozas iguales á las que se construyen á orillas del Tana y Ogowé

nándose la presencia de ésta y predominando aquélla: dándose el caso de que en alguno de sus individuos aparezca, por atavismo, el tipo negrillo en mayor ó menor grado de pureza.

Los negrillos *terciarios* son los que se consideran á sí mismos y son considerados por las vecinas tribus como pertenecientes á la raza de los «hombrecillos errantes,» y reunen, á la par que los caracteres sociales, intelectuales, religioso-morales y físicos propios de los negrillos, evidentes y notables señales de cruzamientos con tribus superiores.

Figurarán en primer término los *ndorobos* ó *alas* de la región massaia. Viviendo en pequeños grupos entre sus poderosos vecinos y señores, han tomado, como anteriormente dijimos, algo del tipo de aquéllos, el traje, casi el idioma, y han adquirido elevado talle y su rostro relativa belleza: viven escondidos, y con sus vecinos mantienen escasas relaciones. Comen lo que cazan, el único animal doméstico que poseen es el mísero perriño rojo que comparte su vida errante, y guardan fielmente la tradicional manera, característica de los negrillos, de levantar campamentos y construir chozas.

A continuación deben citarse los *sanyés*, *bonis* ó *ratna* de la Costa oriental, negrillos de los gallas y de los somalis. Su talla es casi la ordinaria, y su tipo tiene cierta elegancia, llamando la atención los muchos hombrecillos que entre ellos se encuentran, y que, hecho notable, cuanto más pequeños son más feos. Viven separados de etíopes y bantus, observan sus costumbres y tradiciones, y si algunos, en el Alto Tana y en el Sabaki, obligados por la falta de caza, se resuelven á cultivar la tierra y á levantar poblados, cosechan al iniciarse la madurez y vuelven á la vida errante, libre: igual costumbre tienen los *ma-rimba* y sus hermanos de la Costa occidental.

Entre otros negrillos terciarios que pudiéramos citar, llamaré la atención sobre los *a-jongo* del Fernán-Vaz, cuyo origen nos es conocido. Cuando los *nkomis*, que venían del Sud, se establecieron en los alrededores del lago, en las orillas por él fecundizadas y en las llanuras que lo rodean, la familia de los *a-yundji* encontró en el Kembo-Nkomi (orilla Sud) un campamento de negrillos ó *a-koas*. Pasó el tiempo, y ambas tribus fueron amigas: el jefe de los *nkomis* casóse con la hija de un anciano de la tribu negrilla, y varios súbditos siguieron el ejemplo del jefe: á los mestizos que nacieron de estas uniones los *nkomis* se negaron á admitirlos en la tribu, y formaron con los restantes *a-koas* campamentos separados: sus descendientes son los actuales *a-jongos*. También cultivan la tierra y tienen algunas costumbres iguales á las de sus aliados: su aspecto es menos silvestre, pero son nómadas y cazadores, construyen los campamentos cual sus antepasados los construían, hablan el idioma de la raza, y en realidad forman pueblo aparte. Su tipo no es el *nkomi*, pero tam-

pecto es menos silvestre, pero son nómadas y cazadores, construyen los campamentos cual sus antepasados los construían, hablan el idioma de la raza, y en realidad forman pueblo aparte. Su tipo no es el *nkomi*, pero tam-



GABON.—EL NIÑO MARTÍN DE LA TRIBU SHEKE, color muy claro
Negrillo cuaternario

poco, salvo raras excepciones, es el negrillo propiamente dicho. Refiriéndonos á su talla, recordarán mis lectores que medí uno de sus individuos, y el resultado fué 1'68 metros: talla que dista mucho de ser la de un enano. Añadía que la de otros individuos no excede de 1'30 metros.

¿Existen otros grupos terciarios? La respuesta debe ser afirmativa. Al Sud, por ejemplo, los primeros mestizos de los bushmen debieron unirse con poblaciones superiores, y si las razas provenientes de tales uniones vivieron aisladas y guardaron, con algo del tipo primitivo, las primitivas costumbres y tradiciones, deben ser comprendidas en el grupo que estudiamos.

En el Gabón, en el Komo, el Ogowé y lagos Ndogo (Sette-Cama) he visto numerosos individuos, arrancados de las tribus para condenarles á la esclavitud, descendientes de padres extranjeros y madres negrillas (bongos, rimbas, etc.): deben ser comprendidos entre los terciarios.

(Se continuará).

JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO

(KAMAKURA Y NIKKO)

RUINAS Y MASOULEOS

POR EL RDO. D. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE
MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

TOKIO

(Continuación)

Cruzamos el río Koishikawa y proseguimos el camino en dirección al parque de Ueno. Poco tardamos en ver á la izquierda el suntuoso palacio de la Universidad imperial, feliz imitación de las mejores Universidades europeas.

Mucho difiere cuanto admiramos del ignorante feudalismo, cuyo recuerdo trajeron á nuestra mente las viejas murallas que rodean los palacios de los antiguos Shoguns. Todo lo encierra esta Babilonia del Extremo Oriente: vestigios de barbarie y los refinamientos del lujo moderno; recientes huellas de ignorancia y servilismo, y monumentos que atestiguan la ilustración de un pueblo conocedor de los últimos adelantos que las ciencias han realizado.

Llegamos á la entrada del célebre parque de Ueno, al lado del cual levántase la estación ferroviaria del mismo nombre, centro de los ferrocarriles que cruzan el Nippón Septentrional. Diferimos una mañana el abandonar la capital para visitar los Campos Eliseos de Tokio.

Estos magníficos parques ocupan vasta extensión sobre la colina de Ueno. En antiguos tiempos fueron residencia de la noble familia de los Todo. En 1825 Yemitsu, el gran constructor, se los apropió para edificar en ellos numerosos templos, que excedieran en grandeza á los más suntuosos del imperio. Realizó su proyecto. Pero incendios y guerras civiles dieron buena cuenta de las maravillas de arte que creara. Fueron total ó parcialmente destruidos. En la actualidad admíranse algunos fragmentos, destinados á recordar á las modernas generaciones la antigua magnificencia shogunal.

Donde se levantaron los templos vense hoy espaciosos edificios á la europea: hoteles, museos, escuelas de bellas artes, biblioteca pública, biblioteca imperial, y una numerosa colección zoológica...

Desde pequeña altura contemplamos breves instantes la populosa Tokio, cuya confusa silueta adivínase entre la perezosa niebla de una mañana de verano. A través de la diáfana atmósfera de oro y rosicler, se descubren las líneas de los edificios más elevados: son las atrevidas curvas de las techumbres de los espaciosos templos. En la dirección de Asakusa, irguiéndose más alta que la niebla, se levanta la célebre torre de los diez pisos, notable por verse desde lo alto de la misma en hermoso panorama la inmensa capital. (Véase el grabado de la pág. 36).

Dejando á la izquierda el encantador lago Shinobazu, que el Agosto viste de flores de lotos, y el islote célebre consagrado á la diosa Benten, avanzamos á través del bosque, por hermoso paseo que sombrean llorones ciruelos en flor, á los cuales suceden gigantescos criptomeras de negro ramaje. Al rededor hermosos cuadros bien cultivados vestidos de eterna juventud, esparcen por el aire la variada esencia de sus múltiples flores, entre las cuales se levantan los artísticos chalets ó glorietas que parecen ser parte integrante de los paisajes japoneses.

Breve rato seguimos andando bajo los altos árboles silenciosos, cuyo ramaje se extiende alegre, orgulloso, y llegamos á la plaza que adornaron los palacios de la última Exposición nacional de Industrias. Parte de los que se conservan están destinados á salón de pintura. En él expone sus artísticas producciones la nueva escuela japonesa.

Los citados salones de la *Meiji Bijutsu Kwai* (Sociedad de las bellas artes del período de Meiji), son evidente prueba de la revolución que desde 1868 ha sufrido el arte japonés. El cambio no se ha limitado á la constitución política del país, sus resultados no han sido exclusivamente la importación de los progresos y descubrimientos occidentales, ha influido también en el que podríamos llamar sentimiento más íntimo de una nación: en su ideal artístico.

Los japoneses, amantes de lo occidental, han abandonado las antiguas tradiciones. Al dominio del pasado relegan el antiguo ideal chino, á cuyo influjo nacieron las célebres escuelas de Tosa y de Kano, notables por el mérito y originalidad de sus obras. En la actualidad estudian las escuelas europeas, y se empeñan en rivalizar con nuestros principales maestros. Cuanto hasta hoy han producido no son más que ensayos é imperfectas imitaciones. Son obras de una época de transición. ¿Logrará el alma japonesa sentir y expresar sus sentimientos como los artistas occidentales? Numerosos críticos extranjeros lo dudan, y también lo dudan muchos artistas japoneses, quienes desean que viva y florezca el arte nacional.

M. Kuroda, célebre artista japonés, que estudió dos años en París, en el taller de Rafael Collin y luego en Holanda, actual director de la Academia de Bellas Ar-

tes de Tokio, escribe (Bueno sería suprimir algunas ideas erróneas ó ridículas; pero dejó completo el pasaje para que sea mayor comprendido el pensamiento del artista):

«La naturaleza es madre universal, y la pintura la más amada y obediente de sus hijas.

«Aire puro, transparente, exuberancia de luz, innumerables montañas, árboles gigantescos, flores multicolores y variados pájaros, el encantador conjunto de cuanto enumero es la patria amada del Sol naciente. Los hombres que la pueblan tienen un carácter muy especial: son alegres, valientes, algo filósofos y muy superficiales; él ha creado nuestra pintura de líneas y colores, cuyo fin es no hablar del alma, sino recrear los ojos.

«La pintura occidental es lo contrario de la nuestra. La misteriosa obscuridad, la luz vacilante y á la par dulce convidan á la meditación y á los pensamientos profundos. El claro-oscuro es prueba evidente de mi aserto.

«¡Cuántos artistas europeos guardan melancólicas ideas que torturan su alma! ¡Cuántos de nosotros somos incapaces de meditaciones profundas!

«Sencillos, bastan para satisfacernos líneas y colores que armonicen; representar fotográficamente la realidad seductora ú horrible, es idea que no puede vivir en nuestra mente.

«¿No es verdad que la pintura es la expresión de los sentimientos propios? ¿Los sentimientos pueden separarse del carácter del país? ¿Por qué pedir á los ciegos los encantos de los matices del color? ¿Por qué hablar á los sordos de musicales bellezas? Empeñarse en crear lo que no vive en la mente es empeñarse en crear monstruos.

«¡Amemos siempre las líneas simples y los colores puros! ¡Seamos *Korin* y jamás Rembrandt (1)!»

¿Cuál será el resultado del actual período de orientación y vacilaciones que pasa el arte japonés? Difícil es predecirlo, pero fundándonos en el elevado sentimiento estético de sus artistas y la destreza de sus pinceles, debe asegurarsele magnífico porvenir, si en vez de ser vencido por el realismo que corrompe nuestra edad, considera el arte como la reproducción del hermoso ideal, para cuyo logro trabajaron todas las grandes Escuelas occidentales.

DE YEDDO A NIKKO

Caían las diez cuando el tren abandonó Yeddo, la inmensa ciudad cosmopolita. Al incesante ir y venir, al cruzarse de hombre y vehículos, al tumulto de las muchedumbres suceden la dulce calma y bienhechora paz de los campos de Musashi y Shimotsuke. Cultivados con esmero y bañados de sol que les da vida, extiéndense hasta el pie los montes lejanos que negligentes descansan sobre el azul luminoso del cielo. Los cedros, diseminados por las llanuras, levantan sobre el verde sus figuras rígidas, cual centinelas en víspera de ataque. Y parece envidiable la felicidad de aquellos hombres, que al peso de los instrumentos de labor, doblan

su espalda sobre la tierra generosa que no se cansa de producir.

*O fortunatos nimium sua si bona norint,
Agrícolas...
Si non ingentem...
At secura quies et nescia fallero vita.*

La primavera es en el Japón la época de las peregrinaciones. Entonces vense por las montañas numerosas caravanas de fieles que se dirigen á visitar los templos favoritos. Cuando nacen las flores de los ciruelos cada pueblo organiza la suya. El Consejo del pueblo ó, como diríamos en España, el Ayuntamiento, presidido por el *Kanushi*, sacerdote shintoísta, nombra á los que deben emprender la piadosa peregrinación, y adorar en nombre propio y de todos los ausentes á los dioses de las montañas y de los templos. Muchos peregrinos budhistas ó shintoístas tienen gran fe y emprenden viajes, á veces largos y penosos, para purificarse de pecados que cometieron, para cumplir un voto, para curar corporales deformidades ó alguna enfermedad. Suelen vestir un traje característico: sombrero de paja de anchas alas, túnicas de vivos colores...

El precedente párrafo explica el por qué en cada estación numerosos grupos, formados en su casi totalidad de ancianos nacidos durante el antiguo régimen, vestidos de blanco, invaden el tren de Nikko.

Son estos peregrinos gentes refractarias á las ideas modernas; quieren practicar la anual visita á los célebres templos de Nikko, en los cuales se congrega una multitud inmensa venida de todo el imperio japonés.

(Continuará).

ILMO. Y RMO. SR. D. FR. LUIS PÉREZ Y PÉREZ

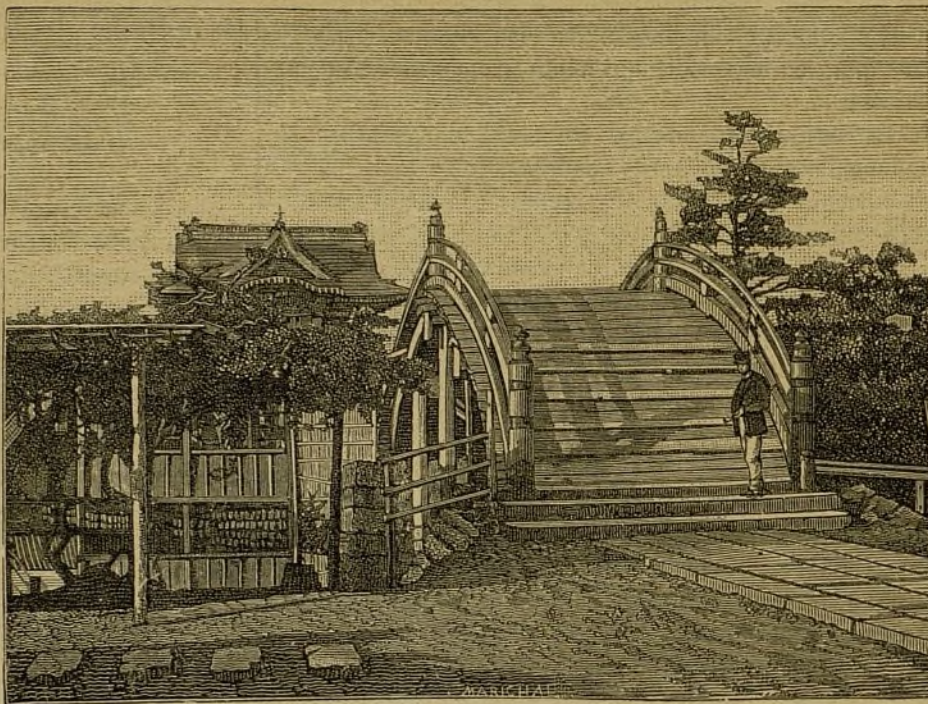
El Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Luís Pérez y Pérez, del Orden de San Agustín, obispo titular de Corico, primer vicario apostólico de Hunan Septentrional, nació el día 30 de Mayo de 1846 en el pueblo La Tuda, provincia y obispado de Zamora: cursó filosofía en el Seminario Conciliar de Zamora. Tomó el hábito en el Colegio de Valladolid el día 12 de Noviembre de 1864: profesó de votos simples el 13 de Noviembre de 1865, y de votos solemnes el 14 de Noviembre de 1868. El 20 de Diciembre de 1868 por la tarde salió del puerto de Barcelona con dirección á Filipinas á bordo de la corbeta «Nueva Lántaro», y el 25 de Mayo de 1869 saltó á tierra en Manila. Se ordenó de sacerdote en las Témporas de Diciembre de 1870. Fué misionero y párroco en *Ilocos* y *La Unión*. El 31 de Julio de 1880 salió de Manila para China, y llegó á Hankow el día 14 de Agosto del mismo año. Fué consagrado Obispo en la iglesia de San Agustín de Manila el 12 Septiembre 1897.

Difícilísimo es el dar á conocer los trabajos del celoso misionero en Hunan. A su llegada al celeste imperio nuestra naciente Misión no tenía residencia alguna ni cristiandad formada: por lo cual le fué preciso andar en barcas de una parte para otra visitando á los pocos cristianos que había dispersos en la jurisdicción de *Fuenkiang*. En 1882 fué enviado á *Sutchuen You-yang t'chou*, para ver de éntar en nuestra Misión por los límites de aquella provincia: logró formar gran número de catecúmenos que llenaban su bondadoso co-

(1) Koruda Kiyoteru: *The Far East*.

razón de halagüeñas esperanzas: visitó dos veces al mandarín de *Paotsin-sien*, no sin grandes dificultades; pero la animosidad del mandarín no le permitió establecerse en aquellas regiones.

A fines del año 1883 recibió orden de ir á la nueva residencia de *Sesueit'ien*, que se hallaba turbada, y con su prudencia pudo calmar no poco los ánimos; pero estando los mandarines muy predispuestos en contra, no le fué dado el permanecer allí mucho tiempo. Recorrió todas aquellas montañas yendo y viniendo á la provincia inmediata de Hupé; y consiguió, á pesar de tantas dificultades como le oponían, abrir una nueva Residencia en *Tseleangp'in*: y con motivo de un robo cometido contra el P. Agustín Villanueva, fué á *Semensien* á tratar este asunto en compañía del dicho P. Agustín; y arrendaron una casa en la ciudad, siendo este el principio de abrirse aquella Residencia, que por varios años fué la principal de toda la Misión. No teníamos por entonces la protección de los cónsules extranjeros, como la tenían otras Misiones; y el mandarín de *Semensien* abusando de su autoridad echó de allí á nuestro misionero P. Luis, el cual dejó arrendada la casa, al mismo tiempo que se vió obligado á salir de ella; y después de varios meses fuera de la Misión, sin temer dificultades volvió de nuevo á *Semensien*, ocupó la misma casa, y fué ganando las voluntades de no po-



JAPON —PEREGRINACIONES SHINTOISTAS. PUENTE, SUBIENDO EL CUAL PUEDE LOGRAR EL PERDÓN DE SUS CULPAS. Reproducción de fotografía por el P. Ribaud. (Pág. 42)



RÉPÉRO, TIPO O-JONGO DEL FERNÁN-VAZ

Negrillo terciario, piel clara, formas elegantes. (Pág. 35)

cos ciudadanos, entre ellos algunos literatos principales. Por aquel entonces el cónsul inglés de *Hankow*, como agente consular español, trató y venció la causa del robo mencionado arriba; y con esto quedó nuestro Padre Luis más afianzado en la ciudad. Eran los últimos días del año 1885. Poco le duró la tranquilidad; pues en Febrero de 1886 se suscitaron nuevas dificultades, y el mandarín empezó á trabajar abiertamente contra él para echarle de allí, valiéndose de todos los medios que su malignidad le sugería; pero nuestro celoso misionero,

con su prudencia especial, en vez de la casa arrendada, compró otra ocultamente, y se trasladó á ella sin que lo supiese el mandarín, viéndose obligado el vendedor á huir de la ciudad y ocultarse por mucho tiempo. Lo que entonces padeció nuestro misionero, sólo Dios lo sabe. Como la compra se hizo contra la voluntad del mandarín, éste no quiso legalizar las escrituras, ni consideraba al misionero como dueño de la casa comprada; y muchos literatos revoltosos hacían también toda la contra posible. Al entrar el misionero en su casa, solo halló una habitación desocupada: en las demás, que eran muchas, había toda clase de gente mala, pues vivían dentro siete familias, de las cuales dos tenían casa de juego; otras dos eran fumadores de opio; y de las tres restantes sólo una era familia que vivía con honradez. Cinco meses tuvo que vivir nuestro misionero entre esa gente que le molestaba día y noche, viéndose precisado á estar encerrado en su habitación, como si fuera un preso en el calabozo, sufriendo toda clase de insultos con no pequeñas amenazas; pero lo sufría todo sin poder contradecir á nadie, porque no eran atendidas sus razones. Viendo los de la ciudad que no podían echarle de allí, le llenaron la casa (fuera de las habitaciones que ocupaban las familias) de ídolos y enseres de hacer comedias, objetos todos que no podía tocar el misionero. Mas, con su prudencia fué poco á poco ganándose las voluntades de algunos, y consiguió que fuesen saliendo las familias, hasta que quedó en posesión de toda la casa. De dos habitaciones hizo un oratorio muy decente, que era el objeto de sus aspiraciones; y empezó á predicar con no poca libertad cristiana; siendo, por decirlo así, las primicias de su apostolado dos ancianos que se convirtieron, y que murieron con la muerte de los justos. No descuidó nuestro misionero á los niños enfermos, y tuvo el consuelo de bautizar á varios que se hallaban en peligro, abriéndoles las puertas del cielo con unas cuantas gotas de agua derramada sobre sus frentes. ¡Bendita sea la divina misericordia, que tan fácilmente nos concede la eterna bienaventuranza!

Poco duró á nuestro P. Luis la tranquilidad en su nueva casa; porque un nuevo mandarín empezó á mo-

lestarle negándole la propiedad, porque no tenía legalizadas las escrituras, y le negaba el derecho de comprar como á extranjero. El día 3 de Mayo de 1889, durante los exámenes de literatos, al ver que el mandarín era contrario al misionero, varios examinandos, gente libertina y revoltosa, destruyeron la casa robando antes cuanto había dentro; y gracias que el misionero por precaución se había ausentado días antes, de otro modo hubiera perecido. Fué á Hankow el P. Luis á reclamar por medio del cónsul, y esta vez tuvieron efecto las reclamaciones; pues enviaron los mandarines superiores á un delegado para que con el P. Luis tratara el asunto de la casa destruida. En Junio, día de la Santísima Trinidad, llegó á *Semensié*, en donde le aguardaba otro misionero para tratar juntos la cuestión de aquella casa destruida, lo mismo que la casa residencia de *Sesueit'ien*, que fué destruida también por aquel entonces; teniendo el P. Luis que sufrir mucho, muchísimo, durante ese tiempo; porqué además de vivir con su compañero en una habitación muy pequeña, oscura, sin ventilación, á pesar de los grandes colores que hacía, le atormentaba más la mala disposición del delegado con quien tenía que arreglar los asuntos. El delegado conferenciaba con los literatos que habían sido la causa de la destrucción, y les dijo (sabiéndolo el misionero) que haría todo lo posible por echarle de allí; pero que era preciso indemnizarle de las pérdidas sufridas; y luego no permitirle radicarse en la ciudad. Iban pasando los días sin poder arreglar nada, merced al mal estado de la política en China; y el día 22 de Julio resolvieron levantar *somatenes* y hacer grande estrépito para atemorizar á los misioneros: la noche del 22 fué bien triste para éstos, porque en toda la ciudad y en sus cercanías no se hablaba más que de la destrucción. Convinieron los dos en no salir de allí; porque si huían, lo tenían todo perdido, y así se resolvieron á esperar todo lo que pudiera suceder. Se confesaron mutuamente y se prepararon para morir, persuadidos de que su vida peligraba; y al día siguiente, 23, muy temprano recibieron la noticia de que habían comenzado á levantarse *somatenes* con banderas negras llevando la inscripción: *aniquilar al europeo*. Esto sucedía á la parte opuesta del río que baña la ciudad; y las turbas armadas empezaron á pasar el río, fueron al tribunal y comenzaron á tirar salvas, señal de haber comenzado el alboroto: pero Dios que velaba por los suyos, hizo que el delegado se diera por ofendido con aquel modo de proceder, porque le molestaron cuando aún no se había levantado, y dijo, que habían atropellado su autoridad: y desde aquel momento se puso á favor de los misioneros, siendo aquel el principio del buen arreglo que tuvo aquella famosa cuestión. Para los que desde el principio vieron los asuntos de *Semensié*, allí no hubo más que un conjunto de milagros de la divina Providencia: desde aquella época (el 26 de Julio se separó del P. Luis el compañero misionero de común acuerdo para ir á *Tseleang p'in*), hubo seguridad para los misioneros en *Semensié*, aunque no les faltaron dificultades.

Pasaron algunos años con paz relativa; pero los misioneros no tenían libertad de acción, y resolvieron abrir nuevas Residencias exponiéndose á toda clase de peligros, cabiendo siempre gran parte al P. Luis, quien desde el año 1893 era vicario provincial; y como superior regular quería dar ejemplo á sus súbditos, confiando todos en él, porque tenían bien conocida su prudencia. Trabajó para establecer la Santa Infancia en *Tayent'ang*, jurisdicción de *Litchou*, habiendo tenido el consuelo de enviar al cielo muchos cientos de almas por medio de esa Obra piadosa; aunque por falta de recursos no se le ha podido dar todo el incremento que

fácilmente podría tener. Hizo no pocos viajes muy penosos para arreglar los asuntos de *Caikik'ias*, cuya Residencia fué quemada el Sábado Santo de 1886, el misionero fué gravemente herido, y los cristianos dispersos después de perder cuanto tenían. Nuestro Padre Luis tuvo la satisfacción de celebrar de nuevo la primera Misa el mismo día de Sábado Santo de 1896, después de arreglar bien ese difícil asunto con las Autoridades locales, yendo los mandarines en persona á darle la posesión de la Residencia que tan injustamente les habían quitado: ahora tenemos allí una bonita iglesia. En uno de estos viajes corrió gran peligro la vida del P. Luis, lo mismo que en otra ocasión, que había ido á visitar á un enfermo, se presentó un criminal con puñal en mano gritando que iba á matar al europeo; habiéndose librado de la muerte las dos veces de un modo providencial, sin que él mismo conociese el peligro hasta después de pasado.

En el mismo año de 1896 fué á *Hofu*, jurisdicción de *Changte*, en donde habían tenido que sufrir también los misioneros y cristianos. Siguiendo las instrucciones que dió el P. Luis se compró un local en dicho pueblo de *Hofu*, y nuestro P. Luis fué á edificar casa-iglesia, siendo precisa toda su prudencia y paciencia para vencer tantas dificultades como le opusieron; y consiguió hacer la casa-iglesia, que al año siguiente fué quemada el 10 de Septiembre en medio de una revolución contra los misioneros; pero fué inmediatamente reedificada.

En Febrero de 1897 fué preconizado obispo de Corico *in partibus*, dignidad que sólo admitió cuando la obediencia le obligó á ello; y fué consagrado, como está dicho, en la iglesia de San Agustín de Manila, el día 12 de Septiembre de 1897. A fines de dicho año volvió á China, y tuvo la satisfacción de hallar abiertas, con Residencia, las ciudades de *Fotchow* y *Litchou*, fijando su residencia principal en la última. El pasado año de 1900, cuando comenzaron los trastornos generales en China, tuvo el sentimiento de saber que en la misma provincia de Hunan (vicariato meridional) había sido bárbaramente asesinado el Ilmo. Sr. Fantossati con dos de sus misioneros; y toda aquella floreciente Misión destruida en un solo día. Además, de todas partes no se oían más que asesinatos de misioneros y cristianos, robos é incendios de iglesias; y á pesar de todo, nuestro Ilmo. Sr. Pérez no abandonó su puesto, confiando como siempre en la divina Providencia; aunque por lo que pudiera suceder, á fin de no exponer á todos los misioneros, envió trece á Hankow, en donde tenían casi completa seguridad, quedándose él con tres Padres españoles y dos sacerdotes indígenas para cuidar de sus amados fieles, y en particular del orfanotrofio, del que cuida personalmente sin rehusar las molestias que necesariamente dan 369 niñas que hay recogidas.

Dios le conserve la salud para trabajar en la viña que le está confiada, y para bien de sus súbditos que de veras le aman como á Padre.

UN MISIONERO.



SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. C., de Barcelona. 250 ptas.

Para las Misiones de China

Andrés Die Pescetto, de Orihuela. 12 »

Enrique Sienkiewicz

BARTEK EL VICTORIOSO

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

ADVERTENCIA IMPORTANTE.—Sienkiewicz, novelista polaco católico, ha escrito numerosas obras algunas de las cuales no pueden por realismo excesivo y por haber sido mutiladas ó alteradas con pérdida intencional, ser de todos leídas: así, pues, nos permitimos aconsejar á nuestros subcriptores que no lean obra alguna de este autor si no está aprobada por la Autoridad eclesiástica.

CAPÍTULO PRIMERO

Mi héroe, llamado Bartek Slovic (1), acostumbraba mirar con insistencia al fondo de los ojos de cuantos le hablaban. En realidad nada tenía de común con el ruiseñor á pesar de ser este su nombre. Por el contrario, su rusticidad le daba aspecto tan poco inteligente que le valió el apodo de «Bartek el estúpido.» Solían aplicarle otros apodos.

Para oídos alemanes «Chlovyek y Slovic» sólo se diferencian en la pronunciación, y de tales analogías se aprovechan los alemanes para sustituir los nombres eslavos por sus nombres bárbaros.

Esta fué la causa del siguiente diálogo sostenido cuando alistaron á Bartek en el ejército.

—¿Vuestro nombre? preguntó el oficial.

—¡Slovick!

—¿Shloik? ¡Ah ya! comprendo. (Shloik en polaco significa hombre, ó sea *Mensch*, en alemán).

Y el oficial escribió «Mensch».

Bartek vivía en el pueblo de Poguembin. En el principado de Poznan (Posen) son varias las poblaciones así llamadas. Sus bienes se reducían á una casa pequeña, un campo, dos vacas y un caballo. Podía vivir tranquilo con su mujer Magda.

Aceptaba, sin murmurar, la posición que Dios le deparara. Pero habiendo el Señor ordenado que estallara la guerra, Bartek se entristeció muchísimo.

Recibió orden de incorporarse al regimiento. Debió dejar su casa y abandonar sus bienes al cuidado de su esposa. Los habitantes de Poguembin eran pobres. En invierno Bartek solía trabajar en el molino y en verano cuidaba de su campo. Desde ahora

¿qué suerte le esperaba? ¿Quién podía saber el término de una guerra contra los franceses?

Cuando Magda leyó la orden de partida se echó á llorar.

—¡Ah, Dios mío! ¡muy insensatos han de ser cuantos guerrear! Bartek, verdad es que no eres sabio, pero tu partida me causa profundo dolor: ¡los franceses te cortarán la cabeza!

Bartek abrazó á su esposa y al tierno hijito, y luego, haciendo la señal de la cruz, abandonó la casa seguido de Magda y del pequeñuelo que lloraban.

Bartek repetía:—¡Por Dios, sé razonable!

Entraron en la carretera, y encontraron numerosos grupos de hombres llamados á servir al rey. Se dirigían á la más próxima estación y los acompañaban sus esposas, los ancianos, los niños y los perros.

El aspecto de los hombres era grave; sólo los muy jóvenes pensaban en fumar el tabaco de sus pipas. Algunos, que ya habían bebido, cantaban á voz en grito:

La mano de Skrynetski y sus anillos de oro no valen para la guerra lo que un sable hermoso.

Y esta multitud, contenida y dirigida por policías alemanes, avanzaba nerviosa y agitada hacia la estación. Las mujeres rodeaban con los brazos el cuello de sus hijos que iban á partir. Exclamaba un anciano: «¡Dígnese el Señor recompensar nuestras penas.» Oíase gritar: «¡Franck! ¡Kasek! ¡Josek! ¡Adiós!!!» Los perros ladraban. Los sacerdotes murmuraban oraciones: «La guerra los arrebató á todos, y no todos volverán!»

Abandonados en los campos quedaban los arados, pues Poguembin dirigíase á luchar contra Francia.

Poguembin se negaba á reconocer la preponderancia de Napoleón III y abrazaba la causa de España.

La multitud avanzaba. Por el camino una nube de polvo de oro elevábase sobre ella, pues el tiempo era seco y ardiente el sol. En los campos las espigas del trigo inclinaban sus pesadas cabezas meciéndose suave-

(1) Slovic en polaco significa «ruiseñor.»

mente. Las alondras remontando su vuelo por el cielo azul cantaban, cantaban á más no poder!

¡La estación!!! La multitud aumentaba. Se le agregaron hombres venidos del alto y del bajo Kryvda, de Vyvlashchyntse, de Nyedolya, de Mizerov: ¡cuánta bulla! ¡cuánto ruido! y especialmente ¡cuánto desorden!

¡Esto era la guerra! En nombre de Dios debía la landwehr (1) proteger, durante la ausencia de los hombres, á las esposas y á las familias, las casas y los campos. Era indudable que los franceses odiaban á Poguembín, Kryvda, Vyvlashchyntse, Nyedolya y Mizerov. Los paisanos, leyendo la declaración de guerra, habían adquirido esta íntima persuasión.

Sin interrupción llegaban hombres de todas partes. En las salas el humo del tabaco formaba espesa nube. En el andén oíanse las voces de mando de los oficiales alemanes.

Sonó la campana, vibró un silbido: la máquina llegaba.

Una segunda campanada y súbita emoción agitó la multitud. Algunas mujeres empezaron á llorar. «¡Yadan! ¡Yadan! ¡Ah! ¡Los franceses quieren matarte!» Extraña congoja oprimía el ánimo de aquellos futuros héroes de Sedán.

La muchedumbre debió retroceder. El tren quedó parado. Por las ventanillas veíanse uniformes y esclavinas con cintas rojas, largos fusiles y bayonetas. A lo menos en apariencia era indudable que los soldados tenían orden de cantar, pues de uno á otro extremo temblaba el tren al influjo de aquel conjunto de voces formidables.

El oficial encargado del alojamiento empezó á llamar hombres. Era el postrer adiós. Bartek abrazó á su mujer.

—...Magda... ¡Adiós!

—¡Ah! Pobre esposo mío.

—¡No me volverás á ver!

—¡No, no te veré jamás!

—¡Nada bueno esperes!

—¡Que la Virgen María te proteja y te salve!

—Adiós; ¡cuida nuestra casa!

La mujer llorando arrójase al cuello de su esposo...

—¡Que Dios te acompañe!

Era llegado el postrer momento. Oíase á las mujeres gritar: «¡Adiós! ¡adiós!» Y los soldados, separados de la multitud, distribuidos en cuadros, en rectángulos, formaban una masa que se movía con la regularidad y precisión de una máquina.

(1) La landwehr es una especie de cuerpo de reserva que funciona como el *somatén* en Cataluña.



La mujer llorando arrojóse al cuello de su esposo...

Suben al tren: les mandan sentarse. La gran locomotora sopla, lanzando al aire penachos de humo.

Las lamentaciones de las mujeres aumentan.

Unas se cubren la cara con el delantal, otras intentan cogerse al tren. Entre gemidos repiten los nombres de sus esposos ó de sus hijos.

—¡Adiós! Bartek, grita de nuevo Magda. ¡Que la Virgen María se digne velar sobre ti! ¡Adiós!!!... ¡Señor, protegédnos!!!

—Cuida nuestra casa, contesta Bartek.

Los pesados coches se agitan y parte el tren.

—...Y no olvides que tienes una mujer y un hijo, gritó por última vez Magda corriendo al lado del tren... ¡Adiós! En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Adiós!!!

Y el tren aumenta paulatinamente su velocidad, llevándose hacia lo desconocido los guerreros de Poguembín, de las dos Kryvdas, de Nyedolya y de Mizerov.

CONSIDERACIONES TEOLÓGICAS Y ESPIRITUALES
SOBRE LAS GRANDEZAS DE JESUCRISTO

por el P. Ruperto M.^a de Manresa, O. M. C. Traducción y refundición de la obra que con el título de *Conferencias* escribió el P. Luís Francisco de Argentan, de la misma Orden.—Dos voluminosos tomos en 4.^o pequeño, que juntos tienen más de 1,300 páginas, con buen papel y esmerada impresión. Se venden á 12 ptas. en rústica, y 14 en pasta. Por correo y en paquete certificado, 25 cénts. más.

EL PATRIARCA S. JOSÉ
ESPOSO DE MARIA SANTISIMA

según la V. Madre sor María de Jesús de Agreda, por el R. P. Fr. Mariano Fernández García, de la Orden de Frailes Menores. Adornado con hermosos grabados.
Precio: 2 ptas. en rústica.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, n.º 5, Barcelona.

OBRA NUEVA
VIDA DE LA BEATA MARÍA MAGDALENA MARTINENGO DE BARCO
capuchina del monasterio de Brescia

obra escrita en italiano por el R. P. Luis de Liorno: primera versión castellana. Trátase de una Sierva de Dios de las más admirables del penúltimo siglo, por sus heroicas virtudes de altísima oración y extraordinaria penitencia. Flor escondida de la Segunda Orden Seráfica, puede servir de modelo á cuantas almas aspiren á la perfección interior de su espíritu.

Forma un elegante volumen de unas 300 páginas en 4.^o, adornada con fiel reproducción del retrato de la Beata, y véndese al precio de 3 ptas. en rústica. Por correo, certificado, 50 cénts. más.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

ALMANAQUE DE LOS AMIGOS DEL PAPA
— PARA EL AÑO 1901

Publicado por la **REVISTA POPULAR**: está en venta el más completo y artístico Almanaque católico español.

TAMAÑO igual al de la «Revista Popular.»

NUMEROSOS grabados.—**ELEGANTE** cubierta.

Ilustraciones de J. Camins, R. Opisso y J. Torres.

PRECIO: 50 CÉNTIMOS, y 60, remitido por correo.

Todos los trabajos literarios son escritos ex profeso para el ALMANAQUE por los distinguidos publicistas católicos: Trinidad Aldrich; Antonio Bruna; M. C. G.; Jaime Collell, Pbro.; Pedro el Ermitaño; Dr. Franco; Constantino Garrán; Antonia Gili; Joan M.^a Guasch; Pedro Lisbona; Aurora Lista; Mariano; Arthur Masriera; Agustín Mundet; Cosme Parpal; A. P.; José Paradedá; José Pallés; Jorge L. Pascual; Raquel; Luis Ram de Viu; Isidoro Ruiz; Narciso Sicars; F. S. y S., y J. T.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

LA BEATA MADRE

JUANA DE LESTONNAC

fundadora de la Orden de Religiosas Hijas de Nuestra Señora (Enseñanza). Biografía extractada de varios autores, por una Religiosa de la misma Orden del convento de Barcelona. Esta preciosa obrita consta de más de 200 páginas de buen papel y esmerada impresión, con un hermoso retrato de la Beata Fundadora, y se vende al precio de 1'25 pesetas el ejemplar.

TRATADO DE FÍSICA ELEMENTAL

por el P. Bonifacio F. Valladares, de la Compañía de Jesús.—Un voluminoso tomo en 4.^o mayor de más de mil páginas, adornado con infinidad de grabados, 16 ptas. en rústica. Por correo, en paquete certificado, 50 cénts. más.

CONFERENCIAS Y SERMONES

del Dr. D. Luis Calpena y Avila.—1 tomo en 4.^o, 5 pesetas en rústica. Por correo, certificado, 40 céntimos más.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals. *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

LAS MISIONES CATÓLICAS

ILUSTRACIÓN MENSUAL.—ÓRGANO OFICIAL EN ESPAÑA DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE
AÑO IX DE SU PUBLICACION

Consecuentes en el deseo de hacer que el órgano oficial de la Obra de Propagación de la Fe sea digno representante de la misma, aumentaremos durante el año 1901 con valiosos grabados las condiciones artísticas del mismo, y tenemos en cartera estudios notabilísimos cuya publicación empezaremos, debidos á los más sabios misioneros católicos.

Colección completa de LAS MISIONES CATÓLICAS.—Los ocho tomos publicados forman un total de cerca de 4,000 páginas, en folio, y 1,200 grabados y véndense al ínfimo precio de 63 PESETAS.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona